

# **Los Fundamentos del Espiritismo**

**Manifestaciones de los Espíritus**

**Allan Kardec**



## **CAPÍTULO PRIMERO**

### **CARÁCTER Y CONSECUENCIAS RELIGIOSAS DE LAS MANIFESTACIONES DE LOS ESPÍRITUS**

#### **PRELIMINARES**

Las almas o espíritus de los que han vivido constituyen el mundo invisible que puebla el espacio y en medio del cual vivimos. De aquí resulta que desde que existen hombres, existen espíritus, y que si éstos tienen el poder de manifestarse, han debido hacerlo en todas las épocas. Así lo patentizan la historia y las religiones de todos los pueblos. En estos últimos tiempos, empero, las manifestaciones de los espíritus han adquirido un gran desenvolvimiento y un carácter de mayor autenticidad; porque estaba en las miras de la Providencia poner término a la plaga de la incredulidad y del materialismo con pruebas evidentes, permitiendo a los que han dejado la tierra venir a atestiguar su existencia y revelar su situación feliz o desgraciada.

Viviendo el mundo visible en medio del invisible con el que está en perpetuo contacto, resulta que incesantemente reacciona el uno con el otro. Esta reacción es origen de una multitud de fenómenos que se han considerado como sobrenaturales por ignorarse su causa.

La acción del mundo invisible sobre el visible y viceversa, es una de las leyes, una de las fuerzas de la naturaleza, necesaria a la armonía universal como la ley de atracción; si cesara de funcionar perturbaríase la armonía, como si se separase una rueda de las de un mecanismo. Estando semejante acción fundada en una ley de la naturaleza, dedúcese que todos los fenómenos por ella producidos, nada tienen de sobrenaturales. Sólo han parecido tales porque no se conocía su causa, como así ha sucedido con ciertos efectos de electricidad, de la luz, etc.

Todas las religiones tienen por base la existencia de Dios, y por objeto el porvenir del hombre después de la muerte. Este porvenir, que es para el hombre de capital interés, está necesariamente enlazado con la existencia del mundo invisible. Por esta razón, el conocimiento de semejante mundo ha sido en todos tiempos objeto de las investigaciones y preocupaciones de aquel. Su atención ha sido naturalmente atraída hacia los fenómenos que tienden a probar la existencia del mundo invisible, y no los había más concluyentes que los de la manifestación de los espíritus, por cuyo medio sus mismos habitantes revelaban su existencia. He aquí por qué los tales fenómenos han constituido la base de la mayor parte de los dogmas de todas las religiones.

Teniendo naturalmente el hombre intuición de un poder superior, ha sido inducido, en todos los tiempos, a atribuir a su acción «directa» los fenómenos cuya causa le era desconocida, y que eran para él prodigios y efectos sobrenaturales. Esta tendencia es considerada por los incrédulos como consecuencia del apego del hombre a lo maravilloso, pero no inquietan la causa de tal apego, que reside sencillamente en la intuición mal definida de un orden de cosas extra-corporales.

Con el progreso de la ciencia y el conocimiento de las leyes de la naturaleza, esos fenómenos han pasado poco a poco del dominio de lo maravilloso al de los efectos naturales, no lo es en la actualidad, y lo que hoy lo parece, no lo será mañana.

Los fenómenos que dependen de la manifestación de los espíritus, han debido proporcionar, por su misma naturaleza, un abundante contingente a los hechos tenidos por maravillosos; pero había de llegar un tiempo en que siendo conocida la ley que los rige, entrarían, como los otros, en el orden de los hechos naturales. Ha llegado el tiempo, y dando a conocer semejante ley el Espiritismo, ofrece la clave de la mayor parte de los pasajes incomprensibles de las sagradas Escrituras que a él hacen alusión, y los hechos considerados como milagrosos.

El carácter del hecho milagroso es el de ser insólito y excepcional, es una derogación de las leyes de la naturaleza. Desde el momento que un fenómeno se produce en condiciones idénticas, es porque está sometido a una ley y no es milagroso. Esta ley puede ser desconocida, pero no deja por ello de existir; el tiempo se encarga de darla a conocer.

El movimiento del sol, o mejor, de la tierra, retenido por Josué, sería un verdadero milagro, mientras fuera una derogación manifiesta a la ley que rige el movimiento de los astros; pero si el hecho pudiera reproducirse en condiciones dadas, sería porque estaba sometida a una ley, y dejaría, por consiguiente, de ser milagroso.

Sin razón se sobrecoje la Iglesia al ver que se estrecha el círculo de los hechos milagrosos, puesto que Dios prueba mejor su grandeza y poderío por el admirable conjunto de sus leyes, que por algunas infracciones de las mismas, tanto más cuanto que ella atribuye al demonio el poder de hacer prodigios, lo que implicaría que, pudiendo el demonio interrumpir el curso de las leyes divinas, sería tan poderoso como Dios. Atreverse a decir que el espíritu del mal puede suspender la acción de las leyes de Dios, es una blasfemia y un sacrilegio.

La religión, lejos de perder autoridad, porque hechos tenidos por milagrosos pasen al orden de los hechos naturales, no puede menos que ganarla. Ante todo, porque si un hecho es tenido sin razón por milagroso, es un error, y la religión no puede dejar de perder, apoyándose en un error sobre todo si se obstina en mirar como un milagro lo que no lo es.

En segundo lugar, no admitiendo muchas personas la posibilidad de los milagros, niegan los hechos reputados milagrosos, y por consiguiente, la religión que en ellos se apoya. Si, por el contrario, la posibilidad de tales hechos es demostrada como consecuencia de las leyes naturales, no hay lugar a rechazarlos, como tampoco a la religión que os proclama.

Los hechos evidenciados por la ciencia de un modo perentorio, no pueden ser impugnados por ninguna creencia religiosa contraria. La religión no puede menos de ganar en autoridad, siguiendo el progreso de los conocimientos científicos, y de perder, quedándose rezagado o protestando contra esos mismos conocimientos en nombre de los dogmas; porque ninguno de éstos podrá prevalecer contra las leyes de la naturaleza, ni anularlas. Un dogma fundado en la negación de una ley de la naturaleza, no puede ser expresión de la verdad.

El espiritismo, fundado en el conocimiento de leyes no comprendidas hasta ahora, no viene a destruir los hechos religiosos, sino a sancionarlos dando de ellos una explicación racional. Sólo viene a destruir las falsas consecuencias que hayan sido deducidas a causa de la ignorancia de aquellas leyes o de su errónea interpretación.

Induce la ignorancia de las leyes de la naturaleza a buscar causas fantásticas de los fenómenos que no comprende, y engendra las ideas supersticiosas, de las que son algunas debidas a los fenómenos espiritistas mal comprendidos.

El conocimiento de las leyes que los rigen destruye las ideas supersticiosas, reduciendo las cosas a su realidad y demostrando el límite de lo posible y de lo imposible.

## **PRINCIPIO DE LAS MANIFESTACIONES.**

### **EL PERIESPÍRITU**

Los espíritus, según hemos dicho tienen su cuerpo fluídico al que se da el nombre de «periespíritu». Su substancia es tomada en el fluido universal o cósmico que lo forma y alimenta, como el aire forma y alimenta el cuerpo material del hombre. El periespíritu es más o menos etéreo según los mundos y el grado de depuración del espíritu. En los mundos y en los espíritus inferiores, su naturaleza es más primitiva y se acerca mucho a la materia bruta.

En la encarnación, el espíritu conserva su periespíritu, que es el órgano transmisión de todas las sanciones. Para las que vienen del exterior puede decirse que el cuerpo recibe la impresión, el periespíritu la transmite, y el espíritu, el ser sensible e inteligente, la siente. Cuando el acto parte de la iniciativa del espíritu, puede decirse que éste quiere, el periespíritu transmite, y el cuerpo ejecuta.

El espíritu no está encerrado en los límites del cuerpo como en una caja. Por su naturaleza fluídica es expansible; irradia al exterior y forma alrededor del cuerpo una especie de atmósfera, que el pensamiento y la fuerza de voluntad pueden extender más o menos. De aquí se sigue que personas que no están en contacto corporal, pueden estarlo por medio del periespíritu y transmitirse, aun a pesar suyo, las impresiones y a veces hasta la intuición de sus pensamientos.

Siendo el periespíritu uno de los elementos constitutivos del hombre, desempeña un papel importante en todos los fenómenos psicológicos, y hasta cierto punto en los fisiológicos y patológicos. Cuando las ciencias médicas tomen en consideración la influencia del elemento espiritual en la economía, habrán dado un gran paso y nuevos horizontes se abrirán ante ellas; muchas causas de las enfermedades serán explicadas entonces y se encontrarán poderosos medios de combatirlas.

Por medio del periespíritu obran los espíritus en la materia inerte y producen los diferentes fenómenos de las manifestaciones. Su naturaleza etérea no podría ser obstáculo para ello, puesto que se sabe que los más poderosos motores se hallan en los fluidos más ratificados y en los imponderables. No hay, pues, que maravillarse de ver que con ayuda de semejante palanca, los espíritus producen ciertos efectos físicos, tales como golpes y ruidos de toda clase; elevación, transporte y lanzamiento de objetos en el espacio, etc. Para explicarse esto, ninguna necesidad hay de acudir a lo maravilloso o a los efectos sobrenaturales.

Obrando los espíritus en la materia, pueden manifestarse de muchas maneras diferentes; por medio de efectos físicos, tales como los ruidos y movimientos de objetos; por la transmisión del pensamiento, por la vista, el oído, la palabra, el tacto, la escritura, el dibujo, la música, etc., en una palabra, por todos los medios que pueden servir para ponerle en relación con los hombres.

Las manifestaciones de los espíritus pueden ser espontáneas o provocadas. Las primeras tienen lugar inopinadamente y de improviso; con frecuencia se producen en las personas más extrañas a las ideas espiritistas. En ciertos casos y bajo la acción de ciertas circunstancias las manifestaciones pueden ser provocadas por la voluntad bajo la influencia de las personas dotadas al efecto de facultades especiales.

Las manifestaciones espontáneas han tenido lugar en todas las épocas y países. Sin duda alguna que el medio de provocarlas era también conocido en la antigüedad, pero constituía el privilegio de ciertas castas que no lo revelaban más que a escasos iniciados bajo rigurosas condiciones, ocultándolo al vulgo a fin de dominarlo con el prestigio de una fuerza oculta.

Se ha perpetuado, empero, a través de las edades, hasta nosotros, en algunos individuos; pero desfigurado casi siempre por la superstición o confundido con las prácticas ridículas de la magia, lo que había contribuido a desacreditarlo. Hasta entonces, no habían pasado de ser gérmenes plantados aquí o allá.

La Providencia había reservado a nuestra época el conocimiento completo y la vulgarización de esos fenómenos, para purificarlos de la mala liga y hacerlos servir en pro del mejoramiento de la humanidad, en disposición hoy de comprenderlos y deducir sus consecuencias.

## MANIFESTACIONES VISUALES

Por su naturaleza y estado normal el periespíritu es invisible, lo que tiene de común con una porción de fluidos que sabemos que existen, y que nunca, sin embargo, hemos visto. Pero, lo mismo que ciertos fluidos, puede también sufrir modificaciones que le hacen perceptible a la vista, sea por una especie de condensación, sea por un cambio en su disposición molecular. Hasta puede adquirir las propiedades de un cuerpo sólido y tangible, pero puede súbitamente volver a su estado etéreo e invisible. Se puede formar una idea de este efecto por el del vapor, que es susceptible de pasar de la invisibilidad al estado brumoso, después líquido, luego sólido y «viceversa».

Estos diferentes estados del periespíritu son resultados de la voluntad del espíritu, no de una causa física exterior, como en el gas. Cuando un espíritu aparece es porque pone su periespíritu en el estado referido para hacerlo visible. Mas no basta siempre su voluntad; necesitase, para que pueda operarse esta modificación del periespíritu, un concurso de circunstancias independientes de él. Necesítase, además, que el espíritu tenga permiso para hacerse ver de una determinada persona, lo que no siempre le es concedido, o no lo es más que en ciertas circunstancias por motivos que no podemos apreciar.

Otra propiedad del periespíritu que depende de su naturaleza, etérea, es la «penetrabilidad». Ninguna materia le sirve de obstáculo, las atraviesa todas, como atraviesan la luz los cuerpos transparentes. De ahí que no haya clausura que pueda oponerse a la entrada de los espíritus, quienes van a visitar al prisionero en su calabozo con la misma facilidad que al hombre que está en medio del campo.

Las manifestaciones visuales más comunes tienen lugar durante el sueño; estas son las «visiones». Las «apariciones» propiamente dichas tienen lugar en estado de vela cuando se disfruta de la plenitud y completa libertad de las facultades. Se presentan generalmente bajo una forma vaporosa diáfana, a veces vaga e indecisa; al principio, se ofrecen con frecuencia como un reflejo blanquecino cuyos contornos se dibujan poco a poco; otras veces, las formas están claramente acentuadas, y se distinguen los más tenues rasgos de la cara, hasta el extremo de poder dar una muy precisa descripción. Los movimientos y el aspecto son semejantes a los del espíritu durante su vida.

Pudiendo tomar todas las apariencias, el espíritu se presenta bajo aquella que mejor puede darle a conocer si tal es su deseo. Así es que, aunque como espíritu no tenga ningún defecto corporal, se presenta defectuoso, cojo, herido, con cicatrices, si esto es menester para patentizar su identidad. Otro tanto sucede con el vestido. El de los espíritus, que nada han conservado de los apetitos terrenales, se compone ordinariamente de un ropaje de largos pliegues flotantes, y su cabellera es ondulante y graciosa.

Los espíritus se presenta a menudo con los atributos característicos de su elevación, como una aureola, alas los que pueden considerarse como ángeles, un aspecto luminoso y resplandeciente, mientras otros tienen los que recuerdan sus ocupaciones terrestres. Así un guerrero podrá aparecer con su armadura, un sabio con un libro, un asesino con un puñal, etc. Los espíritus superiores tienen una figura hermosa, noble y tranquila; los más inferiores tienen algo de feroz y bestial, y en ciertas ocasiones conservan las huellas de los crímenes que han cometido o de los suplicios que han sufrido. Esta apariencia es real para ellos, es decir, que creen ser lo que parecen, lo cual es un castigo.

El espíritu que quiere o puede aparecerse, toma a veces una forma más precisa aún, teniendo todas las apariencias de un cuerpo sólido, hasta el punto de producir una ilusión completa y de hacer creer que se tiene delante un ser corporal.

En ciertos casos y bajo el influjo de ciertas circunstancias, la tangibilidad puede hacerse real, es decir, que se puede tocar, palpar, sentir la misma resistencia, el mismo calor cuerpo vivo, lo que no es un óbice a aparezca con la rapidez del rayo. Pudierase pues, estar en presencia de un espíritu con el que se cambiase palabras y actos de creyendo tratar con un mortal, sin sospechar que es un espíritu.

Cualquiera que sea el aspecto bajo el cual se presente un espíritu, aun bajo la forma tangible, puede en el mismo instante ser visible más que para unos cuantos. En una reunión, podría pues, presentarse sólo a unos o a varios miembros; y de dos personas que estuviesen juntas, puede la una verle y tocarle y la otra no ver, ni sentir nada.

El fenómeno de la aparición a una sola persona entre muchas que se hallan reunidas, se explica por la necesidad de una combinación entre el fluido periespiritual del espíritu y el de la persona, para que se produzca. Para esto es preciso que haya entre esos fluidos una especie de afinidad que favorezca la combinación. Si el espíritu no encuentra la aptitud orgánica necesaria, dicho fenómeno no puede producirse; pero si existe, el espíritu es libre de aprovecharla o no, de donde resulta que, si dos personas igualmente favorecidas bajo este aspecto se encuentran juntas, el espíritu puede realizar la combinación fluídica con aquella a quien quiere presentarse; no haciéndolo con la otra, ésta no lo verá.

Lo mismo pasaría con dos individuos que tuviesen un velo ante los ojos. Si un tercer individuo quiere hacerse ver solo a uno de los dos, a él levantaría el velo; pero si tal individuo fuera ciego, ya podría levantársele el velo, que no le sería por ello dada la facultad de ver.

Las apariciones tangibles son muy raras, pero las vaporosas son frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte. Parece que el espíritu libre se apresura en volver a ver a sus parientes y amigos como para decirles que vive a pesar de ello.

Evoque cada cual sus recuerdos y veráse cuántos hechos auténticos de este género, de los cuales no se daba cuenta, han tenido lugar no sólo de noche durante el sueño sino en pleno día en estado de la más completa vela.

## **TRANSFIGURACIÓN, INVISIBILIDAD**

El periespíritu de las personas vivas aun goza de las mismas propiedades que el de los espíritus. Según se deja dicho, no está confinado en el cuerpo, sino que irradia y forma alrededor de él una especie de atmósfera fluídica. Puede suceder, pues, que en un determinado caso y bajo el influjo de las mismas circunstancias, sufra una transformación análoga a la que hemos descrito.

La forma real y material del cuerpo puede desaparecer bajo esa envoltura fluídica, si así podemos expresarnos, y tomar momentáneamente una apariencia del todo diferente; la de otra persona o la del espíritu que combina su fluido con el del individuo, o bien dar a un rostro feo un aspecto bello y radiante. Tal es el fenómeno designado bajo el nombre de transfiguración, fenómeno bastante frecuente, y que se produce principalmente, cuando las circunstancias provocan una expansión más abundante del fluido.

El fenómeno de la transfiguración puede manifestarse con una intensidad muy diferente, según el grado de depuración del periespíritu, grado que corresponde siempre al de elevación moral del espíritu. A veces se reduce a un simple cambio en el aspecto luminoso y resplandeciente.

La forma material puede, pues, desaparecer bajo el fluido periespiritual, pero no es de necesidad para este fluido el tomar otro aspecto. A veces puede limitarse a velar un cuerpo inerte o vivo, y hacerlo invisible para una o varias personas, como lo haría una capa de vapor.

Las cosas actuales sólo las tomamos como puntos de comparación, y no con la mira de establecer una analogía absoluta que no existe. Estos fenómenos no parecen extraños más que porque no se conocen las propiedades del fluido periespiritual, es éste un cuerpo nuevo que debe tener propiedades nuevas, y que no pueden estudiarse por los procedimientos ordinarios de la ciencia, pero que no dejan de ser propiedades naturales, que sólo la novedad tiene de maravilloso.

## EMANCIPACIÓN DEL ALMA

Durante el sueño, sólo el cuerpo reposa, pero el espíritu no duerme, sino que aprovecha el descanso de aquel y los momentos en que no es necesaria su presencia, para obrar separadamente e ir a donde quiere, gozando entonces de su libertad y de la plenitud de sus facultades. Durante la vida, el espíritu no está nunca completamente separado del cuerpo; a cualquier distancia que se transporte, está unido a aquel por un lazo fluídico que sirve para atraerle cuando es necesaria su presencia. Este lazo sólo se rompe con la muerte.

»El sueño libra parcialmente al alma del cuerpo. Cuando uno duerme, se encuentra por un momento en el mismo estado que fijamente se halla después de la muerte. Los espíritus que con prontitud se separan de la materia en el acto de la muerte, han tenido sueños inteligentes. Cuando duermen, se unen de nuevo a la sociedad de otros seres superiores a ellos; viajan, hablan y se instruyen con ellos, y hasta trabajan en obras que encuentran completamente hechas al morir. Esto debe enseñarnos una vez más a no temer la muerte, puesto que, según las palabras del santo, morís todos los días.

»Esto respecto de los espíritus elevados. Pero en cuanto a la mayoría de los hombres, que, al morir, han de permanecer durante mucho tiempo en esa turbación en esa incertidumbre de que os han hablado, van a mundos inferiores a la tierra, a donde los llaman antiguos afectos, o buscan quizás placeres más bajos que los que tienen, y doctrinas más viles aún, más innobles, más nocivas que las que vosotros profesáis. Y lo que engendra las simpatías en la tierra no es otra cosa que el hecho de sentirse uno, al despertar, aproximado por el corazón a aquellos con quienes se acaba de pasar ocho o nueve horas de dicha o de placer. Explica también esas antipatías invencibles al conocer en el fondo del corazón que tales gentes tienen distinta conciencia de la nuestra, porque las reconocemos sin haberlas visto nunca con los ojos. Explica asimismo la indiferencia con que nos inclinamos a buscar nuevos amigos, sabiendo que tenemos otros que nos aman y quieren. En una palabra, el sueño influye en vuestra vida más de lo que pensáis.

»Por medio del sueño, los espíritus encarnados están siempre en relación con el mundo de los espíritus, y por esto los superiores consienten, sin mucha repugnancia, encarnarse entre vosotros. Dios ha querido que, durante su contacto con el vicio, puedan ir en busca de fuerzas al origen del bien, para que ellos, que vienen a instruir a los otros, no falten también. El sueño es la puerta que Dios les ha abierto para con sus amigos del cielo; es el recreo, después del trabajo ínterin llega la libertad final que ha de restituirles a su verdadero centro.

»El sueño es el recuerdo de lo que ha visto vuestro espíritu mientras dormíais; pero observad que no siempre soñáis; porque no recordáis siempre lo que habéis visto o todo lo que habéis visto. No está vuestra alma en todo su desarrollo, y a menudo el sueño no es más en todo su desarrollo, y a menudo el sueño no es más que el recuerdo de la turbación que se une a vuestra partida o a vuestro regreso, al cual se junta el de lo que habéis hecho o que os preocupa en estado de vela. Y de no ser así, ¿cómo explicaríais esos sueños absurdos que tienen igual el más sabio que el más ignorante? Los espíritus malos se aprovechan también de los sueños para atormentar a las almas débiles y pusilánimes.

»La incoherencia de los sueños se explica también por los vacíos que produce el recuerdo incompleto de lo que ha aparecido soñado, como sucedería con una relación en que se

truncaran las frases. Los fragmentos que permanecieron reunidos dejarían de tener una significación razonable.

»Por lo demás dentro de poco veréis desarrollarse otra especie de sueños, que aunque tan antigua como la que conocéis, la ignoráis ahora. Son el sueño de Juana de Arco, de Jacob, de los profetas judaicos y de algunos adivinos indios, sueños que son el recuerdo que el alma completamente separada del cuerpo conserva de la segunda vida de que os hablaba hace un momento». («*Libro de los Espíritus*»).

La independencia y la emancipación del alma se manifiestan sobre todo de una manera evidente, en el fenómeno del sonambulismo natural y magnético, en la catalepsia y la letargia. La lucidez sonambúlica no es más que la facultad que posee el alma de ver y sentir sin auxilio de los órganos materiales. Esta facultad es uno de los atributos, que residen en todo su ser, y los órganos del cuerpo son los estrechos canales por donde llegan ciertas percepciones. La vista a distancia que poseen ciertos sonámbulos proviene de la traslación del alma que ve lo que ocurre en los lugares a donde se ha transportado. En sus peregrinaciones está siempre revestida de su periespíritu, agente sus sensaciones, pero que nunca está enteramente separado del cuerpo, según hemos dicho. La aparición del alma produce la inercia del cuerpo, que parece a veces privado de vida.

Esa separación puede igualmente producirse en diversos grados en el estado de vela; pero entonces no goza nunca completamente de su actividad normal; existe siempre una absorción, un desprendimiento más o menos completo de las cosas terrestres; el cuerpo no duerme, camina, funciona; pero los ojos miran sin ver, y compréndese que el alma está en otra parte.

Como en el sonambulismo, ve las cosas ausentes, tiene percepciones y sensaciones que nos son desconocidas, y a veces tiene la presencia de ciertos acontecimientos futuros por la trabazón que en ellos distingue con las cosas presentes. Penetrando en el mundo invisible, ve los espíritus con los que puede hablar y cuyo pensamiento pueden transmitirnos.

El olvido de lo pasado sigue con bastante frecuencia a la vuelta al estado normal, pero a veces se conserva un recuerdo más o menos vago como el de un sueño.

La emancipación del alma amortigua a veces las sensaciones físicas hasta el extremo de producir una verdadera insensibilidad, que en los momentos de exaltación, puede hacer que se soporte con indiferencia los más vivos dolores. Semejante insensibilidad proviene del desprendimiento del periespíritu, agente de transmisión de las sensaciones corporales; el espíritu ausente no siente las heridas del cuerpo.

La facultad de emancipación del alma en su manifestación más sencilla produce lo que se llama soñar despierto; da también a ciertas personas la presciencia que constituye los presentimientos, y en un mayor grado de desarrollo, produce el fenómeno designado\_ bajo el nombre de segunda vista, doble vista o sonambulismo despierto.

El «éxtasis» es el grado máximo de la emancipación del alma.

«En el sueño y en el sonambulismo, el alma vaga por los mundos terrestres; en el éxtasis penetra en un mundo desconocido, en el de los espíritus etéreos con los cuales se comunica, sin poder, empero, salvar ciertos límites que no podría franquear sin romper completamente los lazos del cuerpo. Un brillo resplandeciente, nuevo del todo, la rodea, armonías

desconocidas en la tierra la arrebatan, y la penetra un bienestar indefinible: goza anticipadamente de la beatitud celeste, y puede decirse que pone un pie en el umbral de la eternidad.

»En el estado de éxtasis es casi completo el anonadamiento del cuerpo; no goza, por decirlo así, más que de la vida orgánica, y se conoce que no está unida a él el alma más que por un hilo, que bastaría a romper definitivamente un esfuerzo más». (*«Libro de los Espíritus»*).

El éxtasis, lo mismo que los otros grados de emancipación del alma, está lejos de ser siempre la expresión de la verdad absoluta.

La razón está en la imperfección del espíritu humano, que sólo cuando ha llegado a la cima de la escalera puede juzgar sanamente de las cosas, pues hasta entonces, no le es dado verlo y comprenderlo todo. Si, después de la muerte cuando es completa la separación, no siempre ve con claridad si los hay que continúan cosas del mundo invisible en que están, con mayor razón con las preocupaciones de la vida que no comprenden, le debe suceder lo mismo al espíritu que aun está ligado a la carne.

A veces, en algunos extáticos, más es la exaltación, que la verdadera lucidez, o por mejor decir, su exaltación perjudica a la lucidez, y por esto sus revelaciones son a menudo una mezcla de verdades y errores, de unas cosas sublimes y otras ridículas. Los espíritus inferiores se aprovechan también de esa exaltación, que cuando no se sabe dominar, es siempre una causa de debilidad, para apoderarse del extático, y con esta mira, revisten para con él «apariencias» que lo mantienen en sus visiones y sus ideas o preocupaciones, de modo que sus revelaciones no son a menudo más que un reflejo de sus creencias. Es este un escollo del que sólo escapan los espíritus de un orden elevado y contra el cual debe estar prevenido el observador.

Hay personas cuyo periespíritu está tan identificado con el cuerpo, que la separación del alma se opera con una gran dificultad, aun en el instante de la muerte. Estas son, en general, las que más materialmente han vivido, aquellas también cuya muerte es más penosa, más angustiosa, y, cuya agonía es más larga y dolorosa. Pero otras hay, al contrario, cuya alma está unida al cuerpo por lazos tan débiles, que la separación se verifica sin sacudimiento, con la mayor facilidad, a menudo antes de la muerte del cuerpo. Al aproximarse el término de la vida, el alma entreve ya el mundo en que va a entrar, y anhela el instante de su libertad completa.

## **APARICIÓN DE PERSONAS VIVAS:**

### **BICORPOREIDAD**

La facultad emancipadora del alma y su desprendimiento del cuerpo, durante la vida, pueden dar lugar a fenómenos análogos a los que presentan los espíritus desencarnados.

Como durante el sueño del cuerpo el espíritu se traslada a diversos lugares, puede hacerse visible y aparecerse bajo una forma tangible, o cuando menos, en una apariencia tan idéntica a la realidad, que muchas personas pueden decir verdad si afirman haberlo visto en un mismo momento en dos puntos diferentes. En efecto, en los dos habrá estado; solamente que en uno se encontraba el periespíritu.

Este fenómeno, muy raro en verdad, ha dado lugar a la creencia de considerar dobles a los hombres, fenómeno que se conoce bajo el nombre de bicorporeidad.

Por más extraordinario que sea este fenómeno, no lo es ni más ni menos que los otros en orden de los fenómenos naturales; porque proviene de las propiedades del periespíritu y de una ley de la naturaleza.

## DE LOS MÉDIUMS

Los médiums son las personas aptas para sentir la influencia de los espíritus y transmitir su pensamiento. Toda persona que siente un grado de influencia de los espíritus, es médium. Esta facultad es inherente al hombre, no es un privilegio exclusivo, así es que hay pocos en los cuales no se encuentre algún rudimento de ella.

Se puede por lo tanto, decir, que con poco esfuerzo, todo el mundo es médium; no obstante en el uso, este calificativo no se aplica sino a aquellos en quienes se manifiesta esta facultad medianímica, por efectos ostensibles de cierta intensidad.

El fluido periespiritual es el agente de todos los fenómenos espiritistas; estos fenómenos no pueden operarse sino por la acción recíproca de los fluidos emitidos por el médium y por el espíritu. El desarrollo de la facultad medianímica depende de la complexión más o menos expansible del periespíritu del médium, y su asimilación más o menos fácil con el de los espíritus: dependiendo, pues, de la organización, puede desarrollarse cuando el principio existe; pero no puede adquirirse si no existe.

La predisposición medianímica es independiente del sexo, de la edad y del temperamento; se encuentran médiums en todas las categorías de los individuos, desde la más tierna edad, hasta la más avanzada.

Las relaciones entre los espíritus y los médiums se establecen por medio del periespíritu; la facilidad que existe en estas relaciones depende del grado de afinidad que haya entre los dos fluidos: los hay que se asimilan fácilmente y otros que se repelen; de lo que deducimos que no basta ser médium para comunicarse indistintamente con todos los espíritus; hay médiums que no pueden comunicarse con determinados espíritus, y otros que sólo lo consiguen por una transmisión de pensamiento, sin ninguna manifestación exterior.

Por la asimilación de los fluidos el periespíritu se identifica, por decirlo así, con la persona que quiere incluir; no solamente la transmite su pensamiento, sino que puede ejercer sobre ella una acción física y hacerle obrar o hablar a su voluntad, hacerle decir lo que quiere; en una palabra, servirse de sus órganos como si fueran los suyos, y puede, en fin, neutralizar la acción de su propio espíritu y paralizar su libre albedrío. Los buenos espíritus se sirven de esta influencia para el bien, los malos para el mal.

Los espíritus pueden presentarse de una infinidad de modos diferentes; pero, para poderlo verificar, es necesaria la condición de encontrar una persona apta para recibir y transmitir tal o cual género de impresión, según su aptitud; mas como no existe ninguna que posea las aptitudes en un mismo grado, se sigue que unos obtienen efectos que para otros son imposibles. De esta diversidad resulta la diferente variedad de médiums.

La voluntad del médium no siempre es necesaria; el espíritu que quiere manifestarse, busca la persona apta para recibir su impresión, y con mucha frecuencia se sirve de ella a su pesar; otras personas, al contrario, como tienen conciencia de su facultad, pueden provocar ciertas manifestaciones. En consecuencia de esto tendremos dos categorías de médiums: «los médiums inconscientes» y «los médiums facultativos». En el primer caso, la iniciativa parte del espíritu; en el segundo, del médium.

Los «médiums facultativos» sólo se encuentran entre las personas que poseen un conocimiento más o menos completo de los medios de comunicarse con los espíritus, y pueden, por lo mismo, querer servirse de su facultad; los «médiums inconscientes», al contrario, se encuentran entre las personas que no tienen ninguna idea del Espiritismo ni de los espíritus, aun entre los incrédulos, las cuales sirven de instrumentos sin saberlo ni quererlo. Todas las clases de fenómenos espiritistas pueden producirse por la influencia de aquellos, y se han producido en todas las épocas y en todos los pueblos.

La ignorancia y la credulidad, han hecho que se atribuyeran a los poderes sobrenaturales, y según los lugares y los tiempos, a los médiums se les ha hecho santos, se les ha creído hechiceros, locos o visionarios: el Espiritismo nos enseña en ellos la simple manifestación espontánea de una facultad natural. Entre las diferentes diversidades de médiums, se distinguen principalmente: los «médiums de efectos físicos, los médiums sensibles o impresionables; los médiums auditivos, parlantes, videntes inspiradores, sonámbulos, curativos, escribientes o psicógrafos», etc.; sólo describimos aquí los más esenciales.

**Médiums de efectos físicos.** Estos son más especialmente aptos para la producción de fenómenos materiales, tales como los movimientos de cuerpos inertes, los ruidos, para mover, levantar y trasladar los objetos, etc. Estos fenómenos pueden ser espontáneos o provocados; en ambos casos, requieren el concurso voluntario o involuntario de los médiums dotados de facultades especiales, cuyos fenómenos son generalmente producción de un orden inferior. Los espíritus elevados no se ocupan más que de comunidades inteligentes e instructivas.

**Médiums sensibles e impresionables.** Se designa así a las personas susceptibles de sentir la presencia de los espíritus por una vaga impresión, por una especie de roce en todos sus miembros, sin que puedan explicárselo. Esta facultad puede adquirir una sutileza tal, que el que de ella esté dotado, reconoce por la impresión que experimenta, no solamente la naturaleza buena o mala del espíritu, sino que también su individualidad, como el ciego reconoce, instintivamente, la aproximación de tal o cual persona. Un buen espíritu produce siempre una impresión dulce y agradable; la de uno malo siempre es penosa y desagradable: parece como si se sintiera un ambiente impuro.

**Médiums auditivos.** Estos oyen la voz de los espíritus; algunas veces es una voz íntima que se siente interiormente; otras veces es una voz exterior, clara y distinta como la de una persona viva. Los médiums auditivos pueden de este modo entrar en conversación con los espíritus. Cuando tienen costumbre de comunicarse con ciertos espíritus, los reconocen inmediatamente por el sonido de la voz. Los que no sean, médiums auditivos, pueden comunicarse con un espíritu sirviendo de intermedio un médium auditivo que trasmite sus palabras.

**Médiums parlantes.** Los médiums auditivos que no hacen sino transmitir lo que oyen, no son propiamente hablando «médiums parlantes»; estos últimos no oyen con frecuencia nada; en ellos el espíritu obra sobre los órganos de la palabra, como obra sobre la mano del médium escribiente. Cuando el espíritu quiere comunicarse, se sirve del órgano que encuentra más flexible; al uno le toma prestada la mano, a otro la palabra, y el oído a un tercero. El médium parlante se expresa generalmente sin tener conciencia de lo que dice, y a menudo dice cosas completamente fuera de sus ideas habituales, de sus conocimientos, y aun fuera del alcance de su inteligencia. Se ve, algunas veces, a personas poco ilustradas y de una inteligencia vulgar, expresarse, en tales momentos, con verdadera elocuencia, y tratar con incontestable

superioridad cuestiones sobre las cuales serían incapaces de emitir su opinión en estado ordinario. Aunque el médium parlante esté completamente despierto, conserva raramente el recuerdo de lo que ha dicho. El estado pasivo, sin embargo, no siempre es completo, pues los hay que reciben la intuición de lo que dicen en el momento que pronuncian las palabras.

La palabra en el médium parlante, es el instrumento de que se vale el espíritu, por medio del cual cualquier persona extraña puede ponerse en comunicación, como puede hacerlo por medio de un médium auditivo; existe la diferencia de que el primero habla involuntariamente, al paso que el segundo habla voluntariamente para repetir lo que oye.

**Médiums videntes.** Se da este nombre a las personas que en estado normal y perfectamente despiertas, gozan de la facultad de ver los espíritus. La posibilidad de verlos en sueño resulta, sin duda alguna, de una clase de mediumnidad; pero no constituye, propiamente hablando, la de médium vidente.

Las apariciones accidentales de personas que se han amado, o conocido, son muy frecuentes; y aunque los que las han tenido pueden ser considerados como médiums videntes, generalmente se aplica este nombre a los que gozan hasta cierto punto de la permanencia de la facultad de ver a casi todos los espíritus. En este número los hay que sólo ven los espíritus que se evocan, de los cuales pueden hacer la descripción con minuciosa exactitud, describiendo con los menores detalles sus gestos, la expresión de su fisonomía, los rasgos de su rostro, su traje y hasta los sentimientos de que parecen hallarse poseídos. Hay otros que poseen esta facultad más generalizada; ven toda la población espiritista aérea; los ven ir, venir y ocuparse, por decirlo así de sus negocios. Estos médiums no están nunca solos; tienen a su alrededor una sociedad de la cual pueden escoger a su antojo, pues pueden, por su voluntad, separar a los espíritus que no les convengan, o atraer a aquellos que les son simpáticos.

**Médiums sonámbulos.** El sonambulismo puede ser considerado como una variedad de la facultad medianímica, o por mejor decir, son dos clases de fenómenos que se encuentran muy a menudo reunidos.

El sonambulismo obra bajo la influencia de su propio espíritu, es su alma quien en los momentos de emancipación, ve, oye, percibe fuera del límite de los sentidos; lo que él expresa lo saca de sí mismo; sus ideas son generalmente más exactas que en estado normal, sus conocimientos más extensos, porque su alma está libre; en una palabra, vive anticipadamente de la vida de los espíritus. El médium, al contrario, es instrumento de una inteligencia extraña, es pasivo, y lo que dice no viene de él. En resumen, el sonámbulo expresa su propio pensamiento y el médium expresa el del otro. Pero el espíritu que se comunica a un médium común, puede también hacerlo con un sonámbulo; con mucha frecuencia el estado de emancipación del alma, durante el sonambulismo, facilita la comunicación. Muchos sonámbulos ven perfectamente los espíritus y los describen con tanta precisión como los médiums videntes; pueden hablar con ellos y transmitirnos su pensamiento, lo que dicen fuera del círculo de sus conocimientos personales, les es a menudo inspirado por otros espíritus.

**Médiums inspirados:** Estos médiums, son aquellos en que los signos de la mediumnidad son los menos aparentes; en ellos, la acción de los espíritus es toda intelectual, toda moral, y se revela en las pequeñas circunstancias de la vida, como en las grandes concepciones; y bajo este concepto podemos decir que todo el mundo es médium, pues no hay persona que no

tenga sus espíritus protectores y familiares, que hacen los mayores esfuerzos por sugerirles pensamientos saludables. En el inspirado, difícil es a menudo distinguir la idea propia de la inspirada; lo que caracteriza esta última, es, sobre todo, la espontaneidad.

La inspiración es más evidente en los grandes trabajos de la inteligencia. Los hombres de genio de todas clases: artistas, sabios, literatos, oradores: son, sin duda, espíritus adelantados, capaces por sí mismos de comprender y de concebir grandes cosas; pues precisamente porque son juzgados capaces los espíritus que quieren la realización de ciertos trabajos les sugieren las ideas necesarias y por esto son, con frecuencia, «médiums sin saberlo». Sin embargo, tienen una vaga intuición de una asistencia extraña, pues el que pide inspiración no hace sino evocar. ¿Si no esperase ser oído, por qué exclama a menudo: « ¡Ven en mi ayuda, buen genio mío! »?

**Médiums de presentimiento.** Son las personas que en ciertas circunstancias, tienen una vaga intuición de las cosas futuras vulgares. Esta intuición puede provenir de una especie de doble vista, que permite entrever las consecuencias de cosas presentes, y la filtración de los acontecimientos; pero a menudo es fruto de comunicaciones ocultas, las cuales forman una variedad de «médiums inspirados».

**Médiums proféticos.** Son igualmente una variedad de médiums inspirados, los cuales reciben, con el permiso de Dios, y con más precisión que los médiums de presentimientos, la revelación de las cosas futuras de un interés general, que están encargados de hacer conocer a los hombres, para su instrucción. El presentimiento es dado a la mayor parte de los hombres, en cierta medida, para su uso personal; el dora de profecía, al contrario, es excepcional, e implica la idea de una misión en la tierra.

Si hay verdaderos profetas, los hay falsos en mayor número, que toman los sueños de su imaginación por revelaciones, si es que no son engañadores que se hacen pasar por profetas por ambición.

El verdadero profeta es un hombre de bien inspirado por Dios; se le reconoce por sus palabras y sus acciones: Dios no puede servirse de la boca de un mentiroso para enseñar la verdad.

**Médiums escribientes o psicógrafos.** Se designa con este nombre a las personas que escriben bajo la influencia de los espíritus. Del mismo modo que un espíritu puede obrar sobre los órganos de la palabra de un médium parlante para hacerle pronunciar palabras, puede servirse de su mano para hacerle escribir. La mediumnidad psicográfica presenta tres variedades muy distintas: «los médiums mecánicos, intuitivos y semi-mecánicos».

En el «médium mecánico», el espíritu obra directamente sobre la mano, a la cual da el impulso. Lo que caracteriza esta clase de mediumnidad, es la inconsciencia absoluta de lo que se escribe; el movimiento de la mano es independiente de la voluntad, marcha sin interrupción, aunque se oponga el médium, mientras el espíritu tiene algo que decir, y se para cuando ha concluido.

**En el «médium intuitivo»** la transmisión del pensamiento se hace sirviéndose el espíritu del médium de intermediario. El espíritu extraño, en este caso, no obra sobre la mano para dirigirla: obra sobre el alma con la cual se identifica y a la cual imprime su voluntad y sus ideas; ella recibe la idea del espíritu extraño y la transmite. En esta situación, el médium

escribe voluntariamente y tiene conciencia de lo que escribe aunque no sea su propio pensamiento.

Es con mucha frecuencia bastante difícil distinguir el pensamiento propio del médiums y el que le es sugerido, lo que conduce a que muchos médiums de esta clase lleguen a dudar de su facultad. Se puede reconocer la idea sugerida en que jamás se concibió antes; nace a medida que se escribe, y a menudo es contraria a la idea anterior que haya formado, y puede al mismo tiempo estar fuera de los conocimientos del médium.

Existe gran analogía entre la mediumnidad intuitiva y la inspiración; la diferencia consiste en que la primera es la que más a menudo se concreta a cuestiones de actualidad, y puede aplicarse a cosas que no están al alcance de la capacidad intelectual del médium; para tratar por intuición una materia que desconozca por completo. La inspiración se extiende sobre más vasto campo, y generalmente acude en ayuda de las capacidades, y de las preocupaciones del espíritu encarnado. Las huellas de la mediumnidad son mucho menos evidentes.

El médium «semi-mecánico» o «semi-intuitivo» participa de las otras dos. En el médium puramente mecánico, el movimiento de la mano es independiente de la voluntad; en el médium intuitivo el movimiento es voluntario y facultativo. El médium semi-mecánico siente un impulso dado a su mano a pesar suyo; pero al mismo tiempo, tiene conciencia de lo que escribe a medida que se forman las palabras. En el primero, el pensamiento sigue el acto de la escritura: en el tercero, le acompaña.

No siendo el médium sino un instrumento que recibe y transmite el pensamiento de un espíritu extraño, el cual sigue el impulso mecánico que le es dado, no hay nada que no pueda hacer fuera de sus conocimientos, si está dotado de flexibilidad medianímica necesaria. De aquí que existan médiums dibujantes, pintores, músicos, versificadores, aunque extraños al arte del dibujo, de la pintura, de la música y de la poesía; médiums «polígrafos» que reproducen diferentes géneros de escritura, y algunas veces con perfecta exactitud la que el espíritu tenía cuando vivía; médiums «políglotas», que hablan o escriben idiomas que les son desconocidos.

**Médiums curativos.** Este género de mediumnidad consiste en la facultad que ciertas personas poseen de curar por el simple contacto, por la imposición de manos, con la mirada, con solo un gesto, sin el concurso de ningún medicamento. Esta facultad tiene, sin duda alguna, su principio en la potencia magnética; sin embargo, difiere de ella por la energía y la instantaneidad de la acción, al paso que las curas magnéticas exigen un tratamiento metódico más o menos largo. Casi todos los magnetizadores son aptos para curar, si saben aprovecharse convenientemente de su aptitud; poseen la ciencia adquirida; en los médiums curadores la facultad es espontánea, y algunos la poseen sin haber jamás oído hablar del magnetismo.

La facultad de curar por la imposición de manos tiene evidentemente su principio en una potencia excepcional de expansión fluídica; pero está acrecentada por diversas causas, entre las cuales es menester poner en primera línea la pureza de sentimientos, el desinterés, la benevolencia, el deseo ardiente de aliviar, la oración ferviente, y la confianza en Dios; en una palabra: todas las cualidades morales. El poder magnético es puramente orgánico, puede, como la fuerza muscular, ser dado a todo el mundo, hasta el hombre de bien, sólo lo usa exclusivamente para el bien, sin premeditación de interés personal, ni para satisfacer su

orgullo ni su vanidad; su fluido más puro, posee propiedades benéficas y reparadoras que no puede tener el del hombre vicioso o interesado.

Todo efecto medianímico, como se ha dicho, es resultado de la combinación de fluidos emitidos por un espíritu, y por el médium; por esta unión, semejantes fluidos adquieren propiedades nuevas que no tendrán por separado, o al menos que no tendrían en el mismo grado. La oración, que es una verdadera evocación, atrae los buenos espíritus, solícitos en venir a secundar las fuerzas del hombre bien intencionado; su fluido bienhechor se une fácilmente con el de éste, mientras que el fluido del hombre vicioso se alía con el de los malos espíritus que le rodean.

El hombre de bien que no tuviera poder fluídico, podría poco por sí mismo, y sólo puede pedir la asistencia de los buenos espíritus; pero su acción personal es casi nula; una gran potencia fluídica aliada con la mayor suma de cualidades morales, puede operar verdaderos prodigios de curación.

La acción fluídica es, por otra parte, poderosamente secundada por la confianza del enfermo, y Dios recompensa a menudo su fe con el éxito.

Sólo la superstición puede atribuir una virtud a ciertas palabras, y sólo espíritus ignorantes o mentirosos pueden conservar tales ideas, haciendo prescribir fórmulas. Sin embargo, para personas poco ilustradas e incapaces de comprender las cosas puramente espirituales, el empleo de una fórmula de oración o de una práctica determinada contribuye a darles confianza; en este caso, no es la fórmula eficaz, sino la fe aumentada con la idea atribuida al empleo de la fórmula.

Es menester no confundir los «médiums curativos» con los «médiums médicos»; estos últimos son simples médiums escribientes, cuya especialidad es servir fácilmente de intérpretes a los espíritus para las prescripciones médicas; pero no hacen absolutamente más que transmitir el pensamiento, y no tienen, por lo mismo, influencia alguna.

## DE LA OBSESIÓN Y DE LA POSESIÓN

La obsesión es el dominio que los malos espíritus ejercen sobre ciertas personas, con el fin de enseñorearse de ellas y someterlas a su voluntad por el placer que experimentan causando daño. Cuando un espíritu bueno, o malo, quiere obrar sobre un individuo, lo envuelve, digámoslo así, con su periespíritu cual si fuera una capa; entonces, penetrándose, los dos fluidos, los dos pensamientos y las dos voluntades, se confunden; y el espíritu puede entonces servirse de ese cuerpo como del suyo propio, haciéndole obrar a su voluntad, hablando, escribiendo o dibujando: así son los médiums. Si el espíritu es bueno, su acción es dulce, benéfica y no inspira sino cosas buenas; si es malo, las inspira malas. Si es perverso e inicuo, arrastra a la persona cual si la tuviera dentro de una red, paraliza hasta su voluntad, y aun su juicio, el cual apaga bajo su fluido como cuando se apaga el fuego con un baño de agua; le hace pensar, obrar por él; le obliga a cometer actos extravagantes a pesar suyo; en una palabra, le magnetiza, le produce la catalepsia moral, y entonces el individuo se convierte en ciego instrumento de sus gustos. Tal es la causa de la obsesión, de la fascinación y de la subyugación vulgarmente llamada «posesión».

Es necesario observar que en este estado, el individuo tiene a menudo conciencia de que lo que hace es ridículo; pero está forzado a hacerlo como si un hombre más vigoroso que él le hiciera moverse contra su voluntad, sus brazos, sus piernas y su lengua. Como en todo tiempo han existido espíritus, en todo tiempo han representado el mismo papel, porque este papel está en la naturaleza; y la prueba es el gran número de personas obsesas, o posesas si se quiere, que había antes de creerse en los espíritus, o que hay en nuestros días entre quienes no han oído hablar nunca de Espiritismo ni de médiums.

La acción de los espíritus, buena o mala, es, pues, espontánea; la de los malos produce un sinnúmero de perturbaciones en la economía moral y aún en la física porque ignorando la verdadera causa se atribuía a causas erróneas. Los malos espíritus son enemigos invisibles, tanto más peligrosos, cuanto menos su acción se ha sospechado. Habiéndose el Espiritismo descubierto, viene a revelar una nueva causa de ciertos males de la humanidad; conocida la causa, no se procurará combatir el mal por medios que ya se creerán inútiles en lo sucesivo, y se buscarán más eficaces. ¿Qué es, pues, lo que ha hecho descubrir esta causa? La mediumnidad: por la mediumnidad es como esos enemigos ocultos han hecho traición a su presencia, ella ha hecho para con ellos lo que el microscopio para los infinitamente pequeños: ha revelado todo un mundo.

El Espiritismo no ha traído los malos espíritus; ha descorrido el velo que los cubría y ha dado los medios de paralizar su acción, y por consiguiente los de alejarlos. No ha traído, pues, el mal, puesto que éste siempre ha existido; al contrario, ha traído el remedio al mal con mostrar la causa. Una vez reconocida la acción del mundo invisible, se tendrá la llave de una infinidad de fenómenos incomprensibles; y la «ciencia» enriquecida con esta nueva luz, verá abrirse delante de ella nuevos horizontes. ¿Cuándo llegará esto? «Cuando no se profese más el materialismo», pues el materialismo detiene su vuelo y le pone una barrera insuperable.

Habiendo malos espíritus que obsesan, y buenos que protegen, se pregunta si los malos espíritus son más poderosos que los buenos. No es el buen espíritu el que es más débil, es el médium que no es bastante fuerte para sacudir la capa que le ha sido echada encima, para desasirse de los brazos que le oprimen, y en los cuales, preciso es decirlo, algunas veces se halla complacido. En este caso, se comprenderá que el buen espíritu no puede ocupar este lugar, puesto que se le prefiere a otro. Admitamos ahora el deseo de desembarazarse de esa

envoltura fluídica, de la cual está penetrada la suya, como un vestido está penetrado por la humedad: el deseo no bastará. La voluntad no siempre será suficiente. Se trata de luchar contra un adversario; pues, cuando dos hombres luchan cuerpo a cuerpo, el que tiene más fuerza muscular es el que da en tierra con el otro. Con un espíritu es preciso luchar, no cuerpo a cuerpo, sino espíritu a espíritu, y en este caso, también vence el más fuerte; aquí la fuerza está en la «autoridad» que se puede tomar sobre el espíritu, y esta autoridad está subordinada a la superioridad moral. Esta superioridad es como el sol, que disipa la niebla con el poder de sus rayos.

Esforzarse en ser bueno, ser mejor, si es ya bueno, purificarse de las imperfecciones, en una palabra, elevarse moralmente lo más posible: tal es medio de adquirir el poder de mandar a los espíritus inferiores para separarlas; de otro modo, se ríen de vuestros mandatos. Ahora bien; se dirá: ¿por qué los espíritus protectores no les mandan retirarse? Sin duda pueden hacerlo y algunas veces lo verifican; pero permitiendo la lucha, dejan también el mérito de la victoria; si permiten el desembarazarse de ellos a personas merecedoras, hasta cierto punto, de su apoyo, es para probar su perseverancia y hacerles adquirir «gimnasia moral».

Ciertas personas, sin duda, preferirían otra receta más fácil para arrojar los malos espíritus, como por ejemplo, el decir ciertas palabras, o hacer ciertos signos, lo cual sería más cómodo que corregirse de los defectos. Lo sentimos, pero no conocemos ningún procedimiento para vencer un enemigo cuyo ser es más fuerte que él. Cuando se está enfermo, es menester resignarse a tomar una medicina por amarga que sea; pero también cuando se ha tenido el valor de beberla, ¡qué bien y qué fortificado se encuentra! Es necesario, pues, persuadirse de que no hay para llegar a ese fin, ni palabras sacramentales, ni fórmulas, ni talismanes, ni signo material alguno. Los malos espíritus se ríen de ellos y se complacen a menudo en indicarlos y tienen cuidado de llamarlos infalibles para mejor captarse la confianza de aquellos de quienes pretenden abusar; porque entonces, éstos, confiando en la virtud del proceder, se entregan temor.

Antes de esperar dominar a los malos espíritus, es menester dominarse a sí mismo. De todos los medios para adquirir fuerza para conseguirlo, el más eficaz es la voluntad secundada por la oración; la oración de corazón, se entiende y no palabras en las cuales toma más parte la boca que el pensamiento. Es menester rogar a nuestro ángel guardián y a los buenos espíritus que nos asistan en lucha; pero no basta pedirles que aparten a los malos espíritus, es necesario acordarse de esta máxima: «Ayúdate, y el cielo te ayudará», y pedirles, sobre todo, la fuerza que nos falta para vencer nuestras malas inclinaciones, que son para nosotros peores que los malos espíritus, pues estas inclinaciones son las que los atraen, como la corrupción atrae a las aves de rapiña.

Rogando por el espíritu obsesor, es devolverte bien por mal, y esto es ya una superioridad. Con perseverancia se acaba las más de las veces por guiarlo de nuevo a mejores sentimientos y hacer de un perseguidor un agradecido. En resumen, la oración ferviente y los esfuerzos serios para mejorarse, son los solos medios de alejar los malos espíritus, los cuales reconocen sus maestros en aquellos que practican el bien; mientras que las fórmulas les causan risa, la cólera y la impaciencia los excitan. Es menester casarlos, mostrándose más paciente que ellos.

Pero algunas veces sucede que la subyugación aumenta hasta el punto de paralizar la voluntad del obeso, y no puede esperarse de su parte ningún concurso serio. Entonces es cuando es necesaria la intervención de un tercero, sea por la oración, sea por la acción

magnética; pero la potencia de esta intervención depende también del ascendiente moral que los interventores pueden adquirir sobre los espíritus, pues si no valen más que ellos, la acción es estéril. La acción magnética, en este caso, tiene por objeto impregnar en el fluido del obseso otro mejor y arrojar el del mal espíritu; cuando el magnetizador opera, debe tener el doble objeto de oponer una fuerza moral a otra moral y producir sobre el individuo una especie de reacción química, y sirviéndonos de una comparación material, diremos, sacar un fluido. Con esto no solamente opera un cambio saludable, sino que también da fuerza a los órganos debilitados por un largo y a menudo riguroso apoderamiento.

Se comprende, por otra parte, que la potencia de la acción fluídica está en razón no solamente de la energía de la voluntad sino sobre todo de la calidad del fluido introducido y después de lo que hemos dicho, esta cualidad depende de la instrucción y de las cualidades morales del magnetizador; de lo que se deduce, que un magnetizador ordinario que obrara maquinalmente para magnetizar pura y simplemente, produciría poco o ningún efecto: es absolutamente necesario un magnetizador espiritista, que obra con conocimiento, con la intención de producir, no el sonambulismo o una curación orgánica, sino los efectos que acabamos de describir. Por otra parte, es evidente que una, acción magnética dirigida en este sentido, no puede ser sino muy útil en el caso de obsesión ordinaria, porque entonces, si el magnetizador está secundado por la voluntad del obseso, el espíritu es combatido por dos adversarios en vez de uno.

Es preciso decir también que se achaca a espíritus extraños malos hechos, de los cuales son inocentes; ciertos estados de enfermedades y ciertas aberraciones que se atribuyen a una causa oculta, son algunas veces simplemente causa del espíritu del individuo. Las contrariedades que más ordinariamente se han concentrado en sí mismo, los pesares amorosos, sobre todo, han hecho cometer muchos actos excéntricos que se haría mal en darles el carácter de obsesiones. Muchas veces uno es obsesor de sí mismo. Añadiremos, en fin, que ciertas obsesiones tenaces, sobre todo en personas que las merecen, forman algunas veces parte de las pruebas a que están sometidas. Y aun algunas veces sucede también que la obsesión, cuando es simple, es una tarea impuesta al obsesado, el cual debe trabajar para el mejoramiento del obsesor, como un padre para el de un hijo vicioso.

La oración es generalmente un poderoso medio para ayudar a libertarse los obsesados; pero no es la oración de palabra, dicha con indiferencia y como un fórmula trivial, que puede ser eficaz en caso semejante: es necesario una fervorosa oración, que al mismo tiempo sea una especie de magnetización mental: por el pensamiento se puede dirigir sobre el paciente una corriente fluídica saludable, cuya potencia está en razón de la intención. La oración no tiene, pues, solamente por efecto el invocar un socorro extraño, sí que también el ejercer una acción fluídica. Lo que una persona no puede hacer sola, muchas personas unidas de intención en una oración colectiva y reiterada lo pueden casi siempre, porque la potencia de acción aumenta con el número.

La influencia del exorcismo, en el caso de posesión, está probada por la experiencia, y está probado que la mayor parte de las veces en lugar de disminuir el mal, lo aumenta. La razón de esto, es que la influencia está enteramente en el ascendiente moral ejercido sobre los malos espíritus, y no en un acto exterior, cuya virtud consiste en palabras y signos. El exorcismo consiste en ceremonias y fórmulas de las cuales se ríen los malos espíritus, mientras que ceden a la superioridad moral que se les impone; ven que se les quiere dominar por medios impotentes, que se figuran intimarlos con un vano aparato, y por lo mismo se empeñan en hacerse más fuertes, y así redoblan sus esfuerzos; son como el caballo asombradizo, que

arroja por el suelo al jinete inhábil, y se rinde cuando encuentra uno firme y experto; aquí, pues, el fuerte es el hombre de más puro corazón, porque a él le oyen más los buenos espíritus.

Lo que un buen espíritu puede hacer sobre un individuo, muchos espíritus pueden hacerlo simultáneamente sobre varios individuos y dar a la obsesión un carácter epidémico. Una nube de espíritus puede invadir una localidad y manifestarse en ella de diversos modos.

En una epidemia de esta especie se encontraban en Judea en tiempo de Cristo; pues Cristo, por su inmensa superioridad moral, tenía sobre los demonios, o malos espíritus tal autoridad que le bastaba mandarles retirar para que lo hicieran y no empleaba para esto ni signos ni fórmulas.

El Espiritismo está fundado en la observación de hechos, resultado de las relaciones entre el mundo visible y el invisible. Estos hechos como están en la naturaleza, se han producido en todas las épocas; y donde sobre todo abundan, en los libros sagrados de todas las religiones, porque han servido de base a la mayor de las creencias.

Si la Biblia y los Evangelios ofrecen tantos pasajes oscuros, es por falta de comprensión, los cuales han sido interpretados en sentidos tan diferentes: el Espiritismo es la llave que debe facilitar su inteligencia.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### LOS DOBLES Y LAS APARICIONES DE PERSONAS VIVAS

Hoy es un hecho probado y perfectamente explicado, que, aislándose el espíritu del cuerpo viviente, puede, con el auxilio de su envoltura periespiritual, aparecer en un punto distinto de aquel en que está el cuerpo material; mas hasta ahora, la teoría, de acuerdo con la experiencia, parece demostrar que esta separación no puede tener lugar sino durante el sueño, o al menos, cuando los sentidos corporales están inactivos. Los hechos siguientes, si fuesen exactos, probarían que pueden tener lugar en estado de vela. Estos hechos los hemos encontrado en la obra alemana «Los fenómenos místicos de la vida humana», por Maximiliano Perty, profesor de la Universidad de Berna, publicada en 1861. (Leipzig y Heidelberg).

«Un caballero propietario de un lugar, fue visto por su cochero en la cuadra, con la vista fija en el ganado, en el momento en que aquel había ido a comulgar a la parroquia. Algún tiempo después comunicó este suceso a su pastor, quien le preguntó: -¿En qué pensabais en el momento de la comunión? Vaya, contestó, sí os he de decir la verdad, pensaba en mis ganados. -Ahí tenéis, pues, vuestra aparición explicada, contestó el eclesiástico».

El sacerdote estaba en la verdad, porque siendo el pensamiento atributo esencial del espíritu, éste debe encontrarse en donde va el pensamiento. La cuestión es saber si en el estado de vela el desprendimiento del periespíritu puede ser suficiente para poder producir una aparición, lo que implicaría una especie de forro o doblez de espíritu, del cual una parte animaría el cuerpo fluídico y otra el cuerpo material. Esto no tendría nada de imposible, si se considera que cuando un pensamiento se concentra en un punto lejano, el cuerpo sólo obra maquinalmente por una especie de impulsión, lo que frecuentemente sucede a las personas distraídas; en semejante caso, sólo está animado de la vida material; la vida espiritual sigue al espíritu. Es, pues, probable, que el hombre en cuestión hubiera experimentado en aquel momento una grande distracción y que los ganados le preocupasen más que la comunión.

El siguiente hecho entra en esta categoría; pero presenta una particularidad más notable: «El Juez del cantón, J... Fr..., un día mandó a su dependiente a un pueblo inmediato. Al cabo de un rato, lo vio volver, tomar un libro del armario y hojearlo. Le preguntó bruscamente por qué no había marchado aún: el dependiente desapareció al pronunciar estas palabras; el libro cayó al suelo, y el juez lo puso abierto sobre la mesa del mismo modo que había caído. Por la noche, cuando regresó el dependiente, el juez le preguntó si había tenido alguna novedad durante el viaje, y si había entrado antes en el cuarto en donde se encontraba en aquel momento. -No, contestó el dependiente; he hecho el viaje con un amigo mío; cuando atravesábamos el bosque, íbamos discutiendo sobre una planta que encontramos en el camino y le decía que si estuviera en casa, me sería fácil encontrar la página de «Linneo» que me daría la razón-. Justamente el libro quedó abierto en la página indicada».

Por extraordinario que sea el hecho, no podremos decir que sea materialmente imposible, porque estamos aún muy lejos de conocer todos los fenómenos de la vida espiritual; sin embargo, esto necesita confirmación. En caso semejante, sería preciso poder probar de un modo positivo el estado del cuerpo en el momento de la aparición. Hasta que se pruebe lo contrario, dudamos que el caso sea posible, cuando el cuerpo está en una actitud inteligente.

Los hechos siguientes son más extraordinarios, y francamente, confesamos que nos inspiran algo más que dudas. Se comprende fácilmente que la aparición del espíritu de una persona viva sea vista por otra, pero no que un individuo pueda ver su propia aparición, sobre todo con las circunstancias que se relatan a continuación.

«El Secreto del gobierno del Triptits, en Weimar, cuando fue a la cancillería para buscar un paquete de actas que le hacían mucha falta, se vio a sí mismo que estaba ya sentado en su silla como de costumbre, con las actas delante. Se asustó, regresó a su casa y envió a un doméstico con orden de tomar las actas que debía encontrar en su puesto ordinario. Este fue, y vio igualmente que su amo estaba sentado en un sillón».

«Becker, profesor de matemáticas, en Rostok, tenía convidados en su casa. Entre ellos se promovió una controversia teológica. Becker fue a su biblioteca para buscar una obra que debía decidir la cuestión, y se vio que estaba sentado en su sillón de costumbre. Mirando por encima de la espalda de su otro «yo», se apercibió que éste le enseñaba el siguiente pasaje de la Biblia que tenía abierta: «Arregla tu casa, porque vas a morir». Volvió entre sus compañeros, que en vano se esforzaron manifestándole que sería locura dar ninguna importancia a aquella visión. Becker murió al día siguiente».

«Hoppock, autor de la obra *Materiales para el estudio de la psicología*, dijo que el abate Steinmetz, en una ocasión que tenía gente en su cuarto, se vio al mismo tiempo en el jardín, y en su paraje favorito. Señalándose él mismo con el dedo primero, y después a su semejante, dijo: -Héteos aquí a Steinmetz el mortal; el de allá abajo es inmortal».

«F..., de la ciudad de Z... que más adelante fue juez, encontrándose, cuando joven, en el campo, la señorita de la casa le rogó que fuera a buscar un quitasol, que había dejado olvidado en su cuarto. Fue a buscarlo, y encontró a la señorita sentada en su costurero, pero más pálida que cuando la había dejado; estaba mirando al frente. F..., a pesar del miedo que tuvo, tomó el quitasol, que estaba al lado de ella, y se lo llevó. Viendo alteradas sus facciones, ella le dijo: -Es menester que confieses que algo te ha sucedido; tú me has visto. Mas no te sorprendas, mi muerte no está cercana. Yo soy doble (en alemán «doppelgaenger»; literalmente: el que marcha doble); con el pensamiento estaba cerca de mi labor, y he encontrado muchas veces ya mi imagen a mi lado. Ya no nos llama esto la atención».

«El Conde D..., y los centinelas, pretendieron ver una vez a la emperatriz Isabel de Rusia, sentada en el trono, en la misma sala del trono, en traje de gran ceremonia, mientras que ella estaba en la cama durmiendo. La camarera de servicio, convencida de ello, fue a despertarla. La emperatriz fue también a la sala del trono, y vio allí su imagen. Entonces, ella misma mandó al centinela hacer fuego; la imagen desapareció. La emperatriz murió tres meses después».

«Un estudiante, llamado Elger, cayó en una grande melancolía después de haberse visto con su traje encarnado, que ordinariamente llevaba. Nunca veía su rostro, sino los contornos de una forma pavorosa que se le parecía, siempre en el crepúsculo o a la claridad de la luna. Veía su imagen en el mismo puesto en que había estudiado mucho tiempo».

«Una maestra francesa, Emilia Sagée, perdió diez y nueve veces su colocación, porque por todas partes aparecía doble. Las niñas de un colegio de Neuvvelk, en Livonia, la veían algunas veces en el salón o en el jardín, mientras que en realidad se encontraba en otra parte. Otras veces veían delante de la pizarra, durante la lección, dos señoritas Sagée, la una al lado

de la otra, exactamente iguales y haciendo los mismos movimientos, con la diferencia de que sólo la verdadera Sagée tenía un pedazo de yeso en la mano, con el que escribía en la pizarra».

La obra de Mr. Perty contiene un gran número de hechos de esta naturaleza. Es notable que en todos los ejemplos citados, el principio inteligente es igualmente activo en los dos individuos, y más activo aún en el ser material, lo que debiera ser al contrario. Pero lo que nos parece una radical imposibilidad, es que entre ellos pueda existir un antagonismo, una divergencia de ideas, de pensamientos y de sentimientos. Esta divergencia se manifiesta sobre todo en el hecho citado en cuarto lugar, en el que el uno avisa su muerte al otro y en el citado en séptimo lugar, en que la emperatriz manda hacer fuego sobre ella misma.

Admitiendo la división del periespíritu y poder fluídico suficiente para que un cuerpo pueda sostener su actividad normal; suponiendo asimismo la división del principio inteligente, o una irradiación capaz de animar los dos seres y darle una especie de ubicuidad, este principio es uno y debe ser idéntico; no podría, pues, existir una voluntad en uno que no existiera en otro, a menos de admitir espíritus gemelos como hay cuerpos gemelos, es decir, que dos espíritus se identificasen y se uniesen para encontrarse en un mismo cuerpo, lo que no es muy probable.

En todas estas historias fantásticas, si bien hay algo que puede aceptarse, hay mucho más para dejarse. El Espiritismo, lejos de hacérselas aceptar ciegamente, nos ayuda a separar lo verdadero de lo falso, lo posible de lo imposible, con el auxilio de las leyes que nos revela por lo que concierne a la constitución y funciones del elemento espiritual. Sin embargo, no nos demos prisa a rechazar «a priori» todo lo que nosotros no comprendamos, porque estamos muy lejos de conocer todas estas leyes, y la naturaleza aún no nos ha dicho todos sus secretos.

El mundo invisible es un campo de observaciones nuevo aún, y sería mucha presunción el pretender haber sondeado todas sus profundidades, mayormente cuando todos los días se presentan a nuestra vista nuevas maravillas. Sin embargo hay hechos cuya lógica y leyes conocidas demuestran la imposibilidad material. Tal es, por ejemplo, el que refiere la «*Revue spirite*», con el título de «*Mi amigo Herman*». Se trataba de un joven alemán del gran mundo, afable, benévolo y de un carácter honradísimo, que todas las tardes al ponerse el sol caía en un estado de muerte aparente; durante este tiempo se despertaba en Austria, en el cuerpo de un forajido, que acabó por ser ahorcado.

El simple buen sentido demuestra que suponiendo la dualidad corporal, el mismo espíritu no puede ser alternativamente un hombre honrado en un cuerpo, durante el día, y por la noche, un bandido en otro país. Decir que el Espiritismo acredita semejantes historias, es probar que no se le conoce, puesto que da los medios de probar el absurdo. Pero al mismo tiempo que demuestra el error de una creencia, prueba que a menudo se funda en un principio de verdad, desnaturalizado o exagerado por la superstición; se dedica a quitar la corteza del futuro.

¡Cuántos cuentos ridículos se narraron sobre el rayo antes de conocer la ley de la electricidad! Lo mismo sucede con referencia a lo que concierne a las relaciones del mundo visible y del mundo invisible. Haciendo conocer la ley de estas relaciones.

El Espiritismo las reduce a la realidad; mas esa realidad es aún demasiado para los que no admiten ni almas ni mundo invisible; a sus ojos, todo lo que está fuera del mundo visible y tangible es supersticioso: por esto denigran al Espiritismo.

**Observaciones.** La muy interesante cuestión de los «*hombres dobles*» y la de los ingénitos, que se relacionan íntimamente, hasta ahora se han relegado al segundo plano por la ciencia espiritista, por falta de documentos suficientes para su completa dilucidación. Estas manifestaciones, por extrañas que sean, por increíbles que parezcan a primera vista, sancionadas por el relato de los historiales más formales de la antigüedad y de la Edad Media, confirmadas por acontecimientos recientes, anteriores a la aparición del Espiritismo contemporáneo, de ninguna manera pueden ser relegadas a la duda. «El libro de los *Médiums*»\* en el artículo titulado: «*Visitas espirituales entre personas vivas*» y la «*Revue spirite*», en numerosos pasajes, confirman su existencia de la manera más incontestable.

(\*) Publicado en castellano por Editorial Humanitas, S.L. Barcelona (España).

Sometiéndose la colección de todos estos hechos a un examen profundo, resultaría quizá una solución, al menos parcial, de la cuestión, y eliminaría de ella algunas de las dificultades de las cuales parece rodeada. Agradeceríamos muchísimo a nuestros corresponsales que quisieran hacer de ello un objeto de estudio especial, ya sea personal mente, ya por la mediación de los espíritus que nos comunicaran el resultado de sus investigaciones en interés de la difusión de la verdad, como debe suponerse.

Recorriendo rápidamente los años anteriores de la «*Revue*» y reuniendo los hechos señalados y las teorías emitidas para explicar lo, hemos llegado a sacar en consecuencia, que quizá convendría dividir los fenómenos en dos categorías muy distintas, lo que permitiría dar explicaciones diferentes y demostrar que las imposibilidades que se oponen a su aceptación pura y simple más bien son aparentes que reales.

La facultad de expansión de los fluidos periespirituales hoy día está harto demostrada por las operaciones de cirugía más dolorosas, verificadas en enfermos dormidos ya sea por el cloroformo y el éter, ya sea por el magnetismo animal.

En efecto, no es nada extraño el ver a estos últimos conversando con los asistentes de cosas agradables y alegres, o transportarse lejos en espíritu, mientras que el cuerpo se retuerce con todas las apariencias de horribles tormentos, paralizado en todo o en parte, y es destrozado por el escalpelo brutal del cirujano; los músculos se agitan, los nervios se crispan y transmiten la sensación del aparato «cerebro espinal»; pero el alma, que en el estado normal percibe sólo el dolor y lo manifiesta exteriormente, alejada momentáneamente del cuerpo sometido a la impresión, dominada por otros pensamientos, por otras acciones, solo advierte sordamente lo que pasa en su envoltura mortal y permanece en ella perfectamente insensible.

¿No hemos visto muchas veces a los soldados gravemente heridos, entregados al ardor del combate, perdiendo su sangre y su fuerza, luchar mucho tiempo aún sin apercibirse de sus heridas? Un hombre muy preocupado, recibe un choque violento sin sentir nada, y sólo cuando cesa la abstracción de su inteligencia, reconoce haber tropezado, por la sensación dolorosa que experimenta. ¿A quién no le ha sucedido, que en una fuerte tensión del espíritu, haya atravesado la multitud tumultuosa y ruidosa sin ver ni oír nada, sin embargo de que el nervio óptico y el aparato auditivo percibieron las sensaciones y las transmitieron al alma?

Sin ninguna duda, por los ejemplos que preceden y por una multitud de hechos que sería muy largo de repetir aquí, pero que cada uno puede conocer y apreciar, el cuerpo puede, por una parte, cumplir sus funciones orgánicas, mientras que el espíritu se transporta lejos, a causa de preocupaciones de otro orden. El periespíritu indefinidamente expansible, conservando en el cuerpo la elasticidad y la actividad necesaria para su existencia, acompaña constantemente al espíritu durante su viaje lejano en el mundo ideal.

Por otra parte, si nos acordamos de su conocida propiedad de condensación, que le permite hacerse visible con las apariencias corporales, para los médiums videntes, y rara vez para el que se encuentra presente en el punto donde se ha transportado el espíritu, no se podrá dudar de la posibilidad de los fenómenos de ubicuidad.

Queda, pues, demostrado, que una persona viva puede aparecer simultáneamente en dos localidades alejadas la una de la otra, en una parte con su cuerpo real, y en la otra con su periespíritu condensado momentáneamente, con las apariencias de sus formas materiales. Sin embargo, de acuerdo en esto, como en todo, con Allan Kardec, no podemos admitir la ubicuidad sino cuando reconocemos una semejanza perfecta en las facciones del ser real y del ser aparente. Tales, por ejemplo, como los hechos citados anteriormente en primer y segundo lugar. En cuanto a los hechos siguientes, inexplicables para nosotros, aplicándoles la teoría de la ubicuidad, nos parecen sino indiscutibles, al menos admisibles mirándolos bajo otro punto de vista.

Ninguno de nuestros lectores ignora la facultad que poseen los espíritus desencarnados de aparecer con la apariencia material en ciertas circunstancias, y muy particularmente a los médiums llamados videntes. Sin embargo, en cierto número de personas, es evidente que la percepción de la aparición no se debe a la facultad medianímica de los asistentes, sino a la realidad de la apariencia corporal del espíritu, y en esta circunstancia, como en los hechos de la ubicuidad, esta apariencia corporal se debe a la condensación del aparato periespiritual.

Así, pues, si las más de las veces, los espíritus al objeto de hacerse conocer, aparecen tales como eran cuando vivían, con los trajes que les eran más habituales, no les es imposible el presentarse, ya sea vestidos de diferente modo, ya sea bajo otras facciones, tal, por ejemplo, como el «Duende de Bayona», que aparecía unas veces con su forma personal, otras bajo las formas de uno de sus hermanos que murió como él, y otras con las apariencias de personas vivas y aun presentes. El espíritu tenía cuidado de hacer que se reconociera su identidad, a pesar de las formas variadas con las cuales se presentaba; pero si no hubiese hecho nada de esto, ¿no es evidente que los testigos de la manifestación se hubieran persuadido de que asistían a un fenómeno de ubicuidad?

Sí, considerando este hecho como un precedente, procuramos explicar del mismo modo los citados en tercer, cuarto, quinto, sexto, séptimo, octavo y noveno lugar, tal vez nos será posible aceptar la realidad; pero admitiendo la ubicuidad, la incompatibilidad de los pensamientos y la actividad del organismo de las dos partes no nos es permitido considerarlos como posibles.

En el hecho cuarto, en lugar de suponer al profesor Becker en presencia de sí mismo, al profesor Becker en presencia de sí mismo, admitamos que estaba en presencia de un espíritu que le pareció su propia forma: todo antagonismo desaparece y el fenómeno entra en el dominio de lo posible. Lo mismo sucede con imagen, pero se admite perfectamente que haga disparar sobre un espíritu que ha tomado su apariencia para mixtificarla. Ciertos espíritus

toman algunas veces un nombre supuesto y se amparan del estilo y las formas del otro para obtener la confianza de los médiums y el acceso de los grupos: ¿qué tendría de imposible que un espíritu orgulloso se hubiera complacido en tomar la forma de la emperatriz Isabel y se sentara en su trono para dar una vana satisfacción a sus sueños ambiciosos? Lo mismo decimos de los demás.

Sólo damos esta explicación por lo que vale; a nuestros ojos no es más que una suposición bastante plausible, pero no la solución real de los hechos; mas tal como es, nos ha parecido a propósito para ilustrar la cuestión, llamando sobre ella las luces de la discusión y de la refutación. En este concepto las sometemos a nuestros lectores. Ojalá que las reflexiones que provocará y las meditaciones a las cuales podrá dar lugar, puedan cooperar a la dilucidación de un problema que sólo hemos podido tocar muy someramente, dejando a otros más dignos la tarea de disipar la obscuridad en que está envuelto.

## CAPÍTULO TERCERO

### CONTROVERSIA SOBRE LA EXISTENCIA DE SERES INTERMEDIARIOS ENTRE EL HOMBRE Y DIOS

N., 4 febrero, 1867.

Querido maestro:

Hace algún tiempo que no os he dado señal de vida; las muchas ocupaciones que he tenido durante el tiempo de mi permanencia en Lyon no me han permitido estudiar ni juzgar como habría deseado el estado actual de la doctrina de este gran centro. Solamente he asistido a una reunión espiritista; sin embargo he podido asegurarme de que, en esos lugares, la fe primitiva es la que debe ser en los corazones verdaderamente sinceros.

En otros varios centros del Mediodía he oído discutir esta opinión emitida por algunos magnetizadores de que muchos de los fenómenos «llamados espiritistas», son sencillamente efectos del sonambulismo, y que el Espiritismo no ha hecho más que reemplazar al magnetismo, o más bien se ha cubierto con su nombre. Como podéis ver, esto es un nuevo ataque dirigido contra la mediumnidad. Así es, que según esas gentes, todo cuanto escriben los médiums es resultado de las facultades del alma encarnada; es ella la que, emancipándose momentáneamente, puede leer en él a distancia y prevé los sucesos; la que por un fluido pensamiento de los allí presentes; ella es la que ve magnético espiritual, agita, levanta, mueve las mesas, percibe los sonidos, etc.; todo, en una palabra, sería resultado de la esencia anímica sin intervención de los seres puramente espirituales.

Me diréis que no os enseño nada nuevo. Efectivamente; hace algunos años que yo mismo he oído sostener esta tesis a ciertos magnetizadores; mas hoy se trata de introducir esas ideas, que según mi opinión son contrarias a la verdad. Siempre es perjudicial caer en los extremos, como si los espiritistas negasen las leyes del magnetismo. No es posible arrebatarse a la materia las leyes puramente espirituales.

¿Dónde cesa el poder del alma sobre los cuerpos? ¿Cuál es la parte de esta fuerza de la inteligencia en los fenómenos del magnetismo? ¿Qué parte tiene el organismo? He aquí varios problemas llenos de interés, cuestiones graves tanto para la filosofía como para la medicina.

Aguardando la solución de estos problemas, voy a citar algunos pasajes de Charpignón, ese doctor de Orleans, que es partidario de la transmisión del pensamiento. Veréis como él mismo reconoce su impotencia para demostrar «en la visión propiamente dicha», que la causa proviene de la extensión del «simpático orgánico», como pretenden varios autores.

En la página 289, dice:

«Académicos, duplicad los trabajos de vuestros candidatos; moralistas, promulgad leyes para la sociedad; ese mundo que ríe de todo, que quiere su bienestar con desprecio de las leyes de Dios y de los derechos del hombre, burla vuestros esfuerzos; porque tiene a su servicio un poder que no sospecháis, y que habéis dejado crecer de tal manera, que ya no sois dueños de detenerle».

Página 323:

«Hasta aquí comprendemos bien el modo cómo se efectúa la transmisión del pensamiento, pero somos impotentes para comprender por medio de las leyes de simpatía armónica, el sistema por el cual forma el hombre en sí mismo tal o cual pensamiento, tal o cual imagen y esa multitud de objetos exteriores. Esto resulta de las propiedades del organismo, y encontrando la psicología en la facultad humana algo de antagonista con las propiedades del organismo, la hace depender de un ser substancial distinto de la materia. Empezamos ya a encontrar en el fenómeno del pensamiento algún vacío entre la capacidad de las leyes fisiológicas del organismo, y el resultado obtenido. El rudimento del fenómeno, si así podemos expresarnos, es muy fisiológico, pero su extensión verdaderamente prodigiosa «no lo es ya»; y aquí es necesario admitir que el hombre goza de una facultad que no pertenece a ninguno de ambos elementos materiales de que hasta ahora le hemos visto componerse. El observador de buena fe reconocerá desde este momento «una tercera parte» que entraría en la composición del hombre; parte que empieza a revelarse en él, bajo el punto de vista de la psicología magnética, por caracteres nuevos, y que se refieren a los que los filósofos conceden al alma.

»Empero la existencia del alma se encuentra suficientemente demostrada por el estudio de algunas otras facultades del sonambulismo magnético. Por ejemplo, la visión a distancia, cuando es completa y está libre de la transmisión del pensamiento, no podría, según nuestra opinión, explicarse por la extensión del simpático orgánico».

Después, en la página 330, dice:

«Como se ve, teníamos grandes motivos para adelantarnos hasta decir, que el «estudio» de los fenómenos magnéticos tenía mucha relación con la filosofía y la psicología. Señalamos, pues, un «trabajo» al cual deseamos se dediquen los hombres especiales».

En los siguientes pasajes se trata de los seres inmateriales y de sus relaciones posibles con nosotros.

Pág. 349: «Queda fuera de duda para nosotros, precisamente por motivo de las leyes psicológicas que hemos extractado en este trabajo, que el alma humana puede ser iluminada directamente, ya sea por Dios, ya «por otra inteligencia». Creemos, pues, que esta comunicación sobrenatural puede tener lugar, tanto en el estado normal, como en el extático; bien sea espontánea o artificial».

Pág. 351: «Volvemos a decir que la previsión natural al hombre es limitada, y no podía ser tan precisa, constante, ni tan largamente expuesta como las previsiones que han expuesto los profetas sagrados, o las que han tenido lugar por una inteligencia superior al alma humana».

Pág. 391: «La ciencia y la creencia en el mundo sobrenatural, son dos términos antagonistas; empero no vacilamos en confesar, que es únicamente con motivo de las exageraciones que han surgido de ambas partes. Es posible, según nosotros, que la ciencia y la fe hagan alianza, y entonces el espíritu humano se hallará al nivel de su perfectibilidad terrestre».

Pág. 396: «El Antiguo, como el Nuevo Testamento, y los anales de la historia de todos los pueblos, están llenos de hechos que no pueden explicarse de otra manera más que por la

acción de «seres superiores» al hombre; por de pronto, los estudios antropológicos, metafísicos y ontológicos prueban la realidad de la existencia de «seres inmateriales» entre el hombre «y Dios» y la posibilidad de su influencia sobre la especie humana».

Ver ahora la opinión de uno de los más autorizados, respecto del magnetismo, sobre la existencia de seres fuera de la humanidad. Es un extracto hecho de la correspondencia de Deleuze con el doctor Billot:

«El único fenómeno que parece establecer la comunicación con los seres inmateriales, son las apariciones. Hay muchos ejemplos, y como estoy con razones para negar la posibilidad de la aparición de vencido de la inmortalidad del alma, no encontré personas, que habiendo abandonado esta vida, «se ocupan de aquellos que han amado» y vienen a presentarse a ellos para darles consejos saludables».

El doctor Ordinaire de Macon, otra autoridad en esta materia, se expresa así:

«El fuego sagrado, la influencia secreta (de Bouleau), la inspiración, en fin, no provienen, pues, de tal o cual protuberancia, ni de tal o cual contextura, como pretenden los frenólogos; sino de un alba poética, «en relación con un genio más poético aún». Lo mismo sucede con la música, la pintura, etc. Esas inteligencias superiores, ¿no serían almas emancipadas de la materia, elevándose gradualmente a medida que se depuran, hasta la grande, la universal inteligencia que las abraza todas, hasta Dios? Nuestras almas, «después de varias emigraciones», ¿no se colocarían entre esos seres inmateriales?»

Concluimos, dice el mismo autor, de lo que precede: que el estudio del alma está aún en la niñez; que, pues que desde el pólipo hasta el hombre, existe una serie de inteligencias, y que nada se interrumpe bruscamente en la naturaleza, debe racionalmente existir desde el hombre hasta Dios otra serie de inteligencias. El hombre es el eslabón que une las inteligencias inferiores asociadas a la materia, a las inteligencias superiores inmateriales. Desde el hombre a Dios se encuentra una serie parecida a la que existe del pólipo al hombre, es decir, una serie de seres etéreos más o menos perfectos, gozando de diversas especialidades, y que tienen empleos y funciones distintas.

«Que esas inteligencias superiores se revelan tangiblemente en el sonambulismo artificial.

»Que esas inteligencias sostienen relaciones íntimas con nuestras almas;

»Que esas inteligencias es a quien «debemos nuestro remordimiento» cuando hemos obrado mal, y nuestra satisfacción cuando hemos efectuado una buena acción;

»Que las buenas inspiraciones que reciben los hombres superiores las debe a esas inteligencias;

»Que a esas inteligencias deben los estáticos la facultad de prever el porvenir y de anunciar los suecos futuros;

»Y por último, que para obrar bien esas inteligencias y hacerlas propicias, «la virtud y la oración» tienen una acción poderosa».

**Observación.** La opinión de hombres semejantes, y no son los únicos, tienen sin duda un valor que nadie puede negar; empero, esto no sería más que una opinión más o menos racional si la observación no viniese a confirmarla. El Espiritismo se encuentra por completo en los pensamientos que acabamos de citar; únicamente viene a completarlos por medio de observaciones especiales, y coordinarlos, dándoles la sensación de la experiencia.

Los que se obstinan en negar la existencia del mundo espiritual, y que sin embargo, no pueden negar los hechos, se deshacen buscando la causa exclusiva en el mundo corporal; empero una teoría, para que sea verdad, dar la razón de todos los hechos que con ellas se relacionan; una sola contradicción en uno de los hechos, la destruye, porque en la naturaleza no hay excepciones. Esto precisamente es lo que ha sucedido a la mayor parte de aquellas que han sido imaginadas al principio para explicar los fenómenos espiritista; casi todas han caído una tras otra ante los hechos que no podían abrazar. Después de haber agotado, sin resultado, todos los sistemas obligados a acogerse a las teorías espiritistas como las más concluyentes, porque no habiendo sido formuladas tampoco prematuramente ni sobre observaciones hechas a la ligera, abrazan todas las variedades y todas las clases de fenómenos. Lo que ha hecho aceptar tan rápidamente por la gran mayoría, es que cada uno ha encontrado la solución completa y satisfactoria de aquello que había buscado inútilmente en otra parte.

Sin embargo, hay muchos que aun las rechazan: tiene esto de común con todas las grandes ideas nuevas, que vienen a cambiar las costumbres y creencias, encontrando todas por largo tiempo contradictoras encarnizadas, aun entre los hombres más ilustrados. Pero llega un día en que lo que es verdad, vence algo que es falso, y entonces se admiran de la oposición que se le había hecho; este es muy natural. Lo mismo sucederá con el Espiritismo; teniendo presente, que de todas las grandes ideas que han conmovido al mundo, ninguna ha conquistado en tan poco tiempo tan gran número de adeptos entre todas las clases de la sociedad y en todos los países.

He aquí por que los espiritistas, cuya fe no es ciega, cual sus adversarios pretenden, sino fundada en la observación, no se preocupan ni inquietan de sus contradictores, ni tampoco de los que no abundan en sus ideas; ellos dicen que la doctrina, resultando de las mismas leyes de la naturaleza, en vez de apoyarse en la derogación de éstas, no puede por menos de prevalecer en cuanto estas nuevas leyes se reconozcan.

La idea sobre la existencia de seres intermediarios entre el hombre y Dios, no es nueva, como todos lo sabemos; pero generalmente se creía que estos seres formaban creaciones excepcionales; las religiones los han designado bajo el nombre de ángeles y demonios, y los paganos les llamaban dioses. El Espiritismo, viniendo a probar que esos seres no son más que las almas de los hombres que han alcanzado diferentes grados de la escala espiritual, conduce la creación a la unidad grandiosa que es la esencia de las leyes divinas. En vez de una multitud de creaciones estacionarias que revelarían en la Divinidad el capricho o la parcialidad, no hay más que una esencialmente progresiva, sin privilegio para criatura alguna, elevándose cada individualidad desde el estado de embrión, al de su completo desarrollo, ni más ni menos que el germen de la semilla llega al estado de árbol.

El Espiritismo, pues, nos enseña la unidad, la armonía y la justicia de la creación. Para él los demonios son las almas atrasadas, manchadas aún con los vicios de la humanidad; los ángeles son esas mismas almas purificadas y desmaterializadas, y entre esos puntos extremos, la multitud de almas que han llegado a diferentes grados de la escala progresiva; por este medio establece la solidaridad entre el mundo espiritual y el corporal.

En cuanto al problema propuesto, ¿cuál es, en los fenómenos espiritistas o sonambúlicos, el límite en donde cesa la acción propia del alma humana, y en donde empieza la de los espíritus? Diremos que tal límite no existe, o mejor dicho, que no tiene nada de absoluto. Desde el instante que estos no son especies distintas, que el alma no es otra cosa que un espíritu encarnado, y el espíritu una alma libre todo los lazos terrestres, y que es el mismo ser en centros distintos, las facultades y aptitudes deben ser las mismas.

El sonambulismo es un estado transitorio entre la encarnación y la desencarnación; una emancipación parcial, un pie puesto de antemano en el mundo espiritual. El alma encarnada, o si se quiere el propio espíritu del sonámbulo o del médium, puede hacer, pues, poco más o menos, lo que hará el alma desencarnada, y hasta mucho más, si es más adelantada; con la diferencia siempre de que por su completa emancipación, es el alma más libre, y tiene percepciones especiales inherentes a su estado.

La diferencia que hay entre lo que es un efecto o producto directo del alma del médium, y lo que proviene de un origen extraño, es muy difícil de definir, porque con frecuencia ambas acciones se confunden y corroboran. Así es, que en las curaciones verificadas por la imposición de manos, el espíritu del médium puede obrar por sí solo o con la asistencia de otro espíritu; la inspiración poética o artística, puede también tener un doble origen. Pero porque tal distinción sea difícil de determinar, no se desprende por eso que sea imposible. La dualidad es con frecuencia evidente, y, en todo caso, resalta casi siempre de una atenta observación.

## CAPÍTULO CUARTO

### CAUSA Y NATURALEZA DE LA CLARIVIDENCIA SONAMBÚLICA.

#### EXPLICACIÓN DEL FENÓMENO DE LA LUCIDEZ

Siendo las percepciones que tienen lugar en estado sonambúlico de otra naturaleza que las del estado de vela, no pueden ser transmitidas por los mismos órganos. Es constante que en tal estado, la visión no se efectúa por los ojos, que por otra parte y generalmente están cerrados, y que hasta pueden ponerse al abrigo de los rayos luminosos, de modo que se aleje toda sospecha. La visión a distancia y a través de los cuerpos opacos excluye además el uso posible de los órganos ordinarios de la visión. Preciso es, necesariamente, admitir en el estado de sonambulismo el desarrollo de un nuevo sentido, origen de las facultades y percepciones nuevas que nos son desconocidas, y de las que sólo por analogía y raciocinio podemos darnos cuenta. Como se concibe, nada hay de imposible en esto; pero, ¿dónde reside ese sentido? He aquí lo que no es fácil determinar con exactitud. Ni siquiera los mismos sonámbulos dan sobre el particular una indicación precisa. Los hay que para ver mejor se aplican los objetos al epigastrio; otros los llevan a la frente, otros al occipucio. Parece, pues, que ese sentido no está circunscrito a un lugar determinado, y, sin embargo, es cierto que su mayor actividad reside en los centros nerviosos. Lo positivo es que el sonámbulo ve. ¿Por dónde y cómo? Ni él mismo puede decirlo.

Observemos, empero, que, en estado sonambúlico, los fenómenos de la visión y las sensaciones que la acompañan son esencialmente diferentes de las que tienen lugar en estado ordinario, y así no nos serviremos de la palabra «ver» más que por comparación y a falta de un término, que, para designar una cosa desconocida, no poseemos.

Un pueblo de ciegos de nacimiento no tendría palabras para expresar la idea de la luz, y referiría las sensaciones que hace experimentar a alguna de las que comprende, por estar sometido a ellas. Procurábase explicar a un ciego la impresión viva y brillante de la luz sobre los ojos, a lo que contestó: «Ya comprendo; viene a ser como el sonido de la trompeta». Otro, algo más prosaico sin duda, a quien quería dar a comprender la emisión de los rayos en haces o conos luminosos, respondió: « ¡Ah... como un pilón de azúcar! ».

Respecto de la lucidez sonambúlica, nosotros estamos en las mismas condiciones; somos verdaderos ciegos, y como éstos, por lo que a la luz toca, comparamos aquella a lo que tiene más analogía con nuestra facultad visual; pero, si queremos establecer una analogía absoluta entre las dos facultades, y juzgar la una por la otra, nos engañamos necesariamente como los dos ciegos que acabamos de citar. Y este es el error de casi todos los que, según dicen, procuran convencerse por medio de experimentos: quieren someter a clarividencia sonambúlica a las mismas pruebas que la vista ordinaria, sin pensar en que no hay más relación entre ellas que el nombre que les damos; y como no siempre responden los resultados a sus esperanzas, encuentran que es más sencillo la negación.

Si procedemos por analogía, fuerza nos es decir que el fluido magnético, diseminado en toda la naturaleza y cuyos principales focos parece ser los cuerpos animados, es el vehículo de la clarividencia sonambúlica, como el fluido luminoso es el vehículo de las imágenes percibidas por nuestra facultad visual. Y del mismo modo que el fluido luminoso hace transparentes los cuerpos que libremente atraviesa, penetrando el fluido magnético todos los cuerpos sin excepción, no los hay opacos para los sonámbulos. Tal es la explicación más sencilla y

material de la lucidez, considerada desde nuestro punto de vista. La creemos exacta, porque el fluido magnético desempeña incontestablemente un papel importante en ese fenómeno; pero no basta para explicar todos los hechos. Otra hay que los comprende todos, pero para cuya inteligencia son indispensables algunas explicaciones preliminares.

En la visión a distancia, el sonámbulo no distingue un objeto lejano como podríamos hacerlo nosotros valiéndonos de un antejo. «No es el objeto el que se acerca a él por medio de una ilusión óptica»; «él es quien se acerca al objeto». Lo ve como si precisamente estuviese a su lado; se ve como él mismo en el lugar que observa; en una palabra, se transporta allí. En semejante momento, su cuerpo parece anonadado, su palabra es más débil, el sonido de la voz tiene algo de extraño; parece que se apaga en él la vida animal; la vida espiritual está por completo en el lugar a donde la transporta el pensamiento; sólo la materia se encuentra en el mismo sitio. Hay, pues, una porción de nuestro ser que se separa de nuestro cuerpo para transportarse instantáneamente a través del espacio, conducida por el pensamiento y la voluntad. Esta porción es inmaterial evidentemente, pues de no ser así, produciría algunos de los efectos de la materia, y esta parte de nosotros mismos es lo que llamamos «alma».

Sí es el alma la que da al sonámbulo las facultades maravillosas de que goza; el alma que, en circunstancias dadas, se manifiesta aislándose en parte y momentáneamente de su envoltura corporal. Para cualquiera que haya observado atentamente los fenómenos del sonambulismo en toda su pureza, la existencia del alma es un contrasentido demostrado hasta la evidencia. Así, pues, puede decirse con cierta razón, que el magnetismo y el materialismo son incompatibles.

Si hay algunos magnetizadores que parecen separarse de esta regla, y que profesan las doctrinas materialistas, es porque sin duda no han hecho más que un muy superficial estudio de los fenómenos físicos del magnetismo, y porque no han buscado seriamente la solución del problema de la visión a distancia. Como quiera que sea, nunca hemos visto un solo «sonámbulo» que no estuviese penetrado de un profundo sentimiento religioso «cualquiera que pudiesen ser sus opiniones en estado de vela».

Volvamos a la teoría de la lucidez. Siendo el alma el principio de las facultades del sonámbulo, en ella reside por fuerza la clarividencia, y no en tal o cual parte circunscrita de nuestro cuerpo. He aquí por qué el sonámbulo no puede designar el órgano de su facultad, como designaría el ojo para la visión exterior; ve por toda su alma, pues la clarividencia es uno de los atributos de todas las partes del alma, como la luz es uno de los atributos de todas las partes del fósforo. En donde quiera que pueda penetrar el alma, existe clarividencia; de aquí la lucidez de los sonámbulos a través de todos los cuerpos, de las más espesas envolturas y a todas las distancias.

Una objeción se presenta naturalmente a este sistema y debemos apresurarnos a contestar a ella. Si las facultades sonambúlicas son las mismas del alma separadas de la materia, ¿por qué no son constantes? ¿Por qué ciertas personas son más lúcidas que otras? ¿Por qué en un mismo sujeto es variable la lucidez? Concíbese la imperfección física de un órgano; pero no la del alma. El alma está unida al cuerpo por lazos misteriosos que no nos había sido dado conocer antes que el Espiritismo nos hubiese demostrado la existencia y funciones del periespíritu. Habiendo sido tratada especialmente esta cuestión en la «Revista» y obras fundamentales de la doctrina, no nos detendremos mucho en ella, limitándonos a decir que por nuestros órganos materiales se manifiesta el alma a lo exterior. En nuestro estado normal, estas manifestaciones están naturalmente subordinadas a la imperfección del instrumento, del

mismo modo que el mejor obrero no puede hacer una obra perfecta con malos utensilios. Por admirable que sea la estructura de nuestro cuerpo, cualquiera que haya sido la previsión de la naturaleza respecto de nuestro organismo para el desempeño de las funciones vitales, hay mucha diferencia entre esos órganos sometidos a todas las perturbaciones de la materia, y la sutileza de nuestra alma. Por todo el tiempo que el alma está unida al cuerpo, sufre las trabas y vicisitudes de éste.

El fluido magnético no es el alma; es un lazo, un intermediario entre el alma y el cuerpo, y por su mayor o menor acción sobre la materia hace el alma más o menos libre. De aquí la diversidad de facultades sonambúlicas. El sonámbulo es el hombre que no está despojado más que de una parte de sus vestidos, y cuyos movimientos están entorpecidos aún por los que le quedan. El alma no tendrá su plenitud y la entera libertad de sus facultades hasta que haya sacudido las últimas envolturas terrestres, como la mariposa salida de su crisálida.

Si hubiese un magnetizador bastante poderoso para dar al alma una libertad absoluta, se rompería el lazo terrestre y su consecuencia inmediata sería la muerte. El sonambulismo nos hace poner, pues, un pie en la vida futura; levanta una punta del velo bajo el que se ocultan las verdades que hoy nos hace entrever el Espiritismo; pero no lo conoceremos en su esencia hasta que no estemos completamente libres del velo material que en la tierra la obscurece.

## **CAPÍTULO QUINTO**

### **LA DOBLE VISTA.**

#### **CONOCIMIENTO DEL PORVENIR.**

##### **PREVISIONES**

Si en estado sonambólico las manifestaciones del alma se hacen hasta cierto punto ostensible, sería absurdo imaginar que en estado normal estuviese aquella confinada en su envoltura de un modo absoluto, como el caracol en su concha. No es la influencia magnética la que la desarrolla, sino que la hace patente por la acción que ejerce en sus órganos. El estado sonambólico no es siempre una condición indispensable para semejante manifestación, pues las facultades que hemos visto producirse en aquel estado se desarrollan a veces espontáneamente en estado normal en ciertos individuos. De aquí resulta para ellos la facultad de ver más allá del límite de los sentidos; perciben las cosas ausentes donde quiera que el alma extiende su acción; ven, si podemos servirnos de esta expresión, a través de la vista ordinaria, y los cuadros que describen, los hechos que relatan, se les presentan como por efecto de un espejismo. Este es el fenómeno conocido bajo el nombre de «doble vista».

En el sonambulismo, la clarividencia es producida por la misma causa, con la única diferencia de que, en ese estado, es limitada, independiente de la vista corporal, mientras que en los que están dotados de ella en estado de vela es simultánea. Casi nunca es permanente la doble vista; por punto general se produce espontáneamente, en ciertos momentos dados, sin ser efecto de la voluntad, y provoca una especie de crisis que a veces modifica sensiblemente el estado físico. La vista tiene algo de vaga, parece que se mira sin ver, y toda la fisonomía refleja una especie de exaltación.

Es de notar que las personas que gozan de esa facultad no se aperciben de ello; les parece natural como la de ver con los ojos; la consideran como un atributo de su ser, sin que bajo ningún concepto la reputen excepcional. Además, el olvido sigue a menudo a esa lucidez pasajera, cuyo recuerdo, haciéndose más y más vago, concluye por desaparecer como el de un sueño. Hay grados infinitos en la intensidad de la doble vista, desde la sensación confusa, hasta la percepción tan clara y neta como en el sonambulismo. Fáltanos un término para expresar este estado especial, y sobre todo para designar a los individuos que de él son susceptibles. Se ha empleado la palabra «vidente», y aunque no exprese exactamente la idea, la adoptaremos hasta nueva orden, a falta de otra mejor.

Si comparamos ahora los fenómenos de la clarividencia sonambólica con la doble vista, compréndese que el vidente pueda tener percepción de las cosas ausentes; como el sonámbulo, ve a distancia, sigue el curso de los acontecimientos, juzga de su tendencia, y puede en ciertos casos, prever su resultado. Este don de la doble vista es el que, en estado rudimentario, da a ciertas personas el tacto, la perspicacia, una especie de seguridad en sus actos, que puede llamarse la certeza del golpe de vista moral. Más desarrollado despierta los pensamientos; algo más aún, presenta los acontecimientos, realizándose o a punto de realizarse, y llegado, en fin, a su apogeo, es el éxtasis en estado de vela.

Según dejamos dicho, el fenómeno de la doble vista es casi siempre natural y espontáneo; pero parece que tiene lugar con más frecuencia bajo la influencia de ciertas circunstancias.

Los tiempos de crisis, de calamidad, de grandes emociones, todas las causas, en fin, que sobreexcitan la parte moral, provocan el desarrollo de aquel. Parece que la Providencia, en presencia de mayores peligros, multiplica a nuestro alrededor la facultad de prevenirlos.

Ha habido videntes en todos los tiempos y en todas las naciones; pero parece, sin embargo, que ciertos pueblos tienen naturalmente una mayor predisposición. Dícese que el don de la doble vista es muy común en Escocia. Con mucha frecuencia se observa también en las gentes del campo y en los habitantes de las montañas.

Los videntes han sido juzgados de diverso modo, según los tiempos, las costumbres y el grado de civilización. Para los escépticos son cerebros echados a perder, alucinados; las sectas religiosas los han constituido en profetas, sibilas y oráculos; en los siglos de superstición y de ignorancia, eran hechiceras a quienes se quemaba. Para el hombre sensato que cree en la potencia infinita de la naturaleza y en la inagotable bondad del Creador, la doble vista es una facultad inherente a la especie humana, por medio de la cual Dios nos revela la existencia de nuestra esencia inmaterial. ¿Quién no reconocerá un don de esta naturaleza en Juana de Arco, y en una multitud de otros personajes que la historia califica de inspirados?

Con frecuencia se ha hablado de las echadoras de cartas, que dicen cosas sorprendentes por su exactitud. Estamos muy lejos de constituirnos en panegiristas de los que dicen la buenaventura, que explotan la credulidad de los espíritus débiles, y cuyo lenguaje ambiguo se presta a todas las combinaciones de una imaginación excitada. Pero no es nada imposible que ciertas personas que se dedican a ese oficio, tengan el don de la doble vista, aun a pesar suyo, de modo que las cartas no son para ellas más que un medio, un pretexto, una base de conversación. Hablan según lo que ven, y no según lo que indican las cartas que apenas miran. Lo mismo sucede con los otros medios de adivinación, tales como las líneas de la mano, los posos del café, la clara de huevo y otros símbolos místicos. Las líneas de la mano tienen quizá más valor que todos los otros medios, no por sí mismas, sino porque los presuntos adivinos, si están dotados de la doble vista, al tomar y palpar la mano del que los consulta, se encuentran en relación más directa con él, como sucede en las consultas sonambúlicas.

Puede colocarse a los médiums videntes en la categoría de las personas que gozan de la doble vista. Como estos últimos, los médiums videntes creen, en efecto, ver con los ojos, pero en realidad es el alma la que ve, y he aquí la razón por qué ven igual con los ojos abiertos que cuando los tienen cerrados; de lo que se sigue necesariamente que un ciego podría ser médium vidente lo mismo que uno que tenga la vista intacta. Sería interesante estudiar si semejante facultad es más frecuente en los ciegos. Nos inclinamos a creerlo, atendiendo a que, como podemos convencernos por la experiencia, la privación de comunicar con el mundo exterior, por falta de ciertos sentidos, da en general más fuerza a la facultad de abstracción del alma, y por consiguiente, mayor desarrollo al sentido íntimo con el que nos ponemos en comunicación con el mundo espiritual.

Los médiums videntes pueden, pues, ser asimilados a las personas que gozan de la vista espiritual, pero sería acaso muy absoluto considerar a estos últimos como médiums; porque consistiendo la mediumnidad únicamente en la intervención de los espíritus, lo que hacemos por nosotros mismos no puede considerarse como un acto medianímico. El que posee la vida espiritual ve con su propio espíritu, y nada implica para la extensión de su facultad la

necesidad del concurso de un espíritu extraño. Dado esto, examinemos hasta qué punto la facultad de la doble vista puede permitirnos descubrir las cosas ocultas y penetrar el porvenir.

En todos los tiempos los hombres han querido conocer el porvenir, y se recopilarían volúmenes sobre los medios inventados por la superstición, para levantar el velo que cubre nuestro destino. Ocultándonoslo, la naturaleza ha sido muy sabia. Cada uno de nosotros tiene su misión providencial en la gran colmena humana, y concurre a la obra común en la esfera de su actividad. Si anticipadamente supiésemos el fin de cada cosa, no cabe duda que se resentiría de ello la armonía general. Un porvenir feliz asegurado privaría al hombre de toda actividad, puesto que no tendría necesidad de ningún esfuerzo para llegar al fin que se propone: su bienestar, todas sus fuerzas físicas y morales serían paralizadas, y la marcha progresiva de la humanidad sería detenida. La certeza de la desgracia produciría las mismas consecuencias por causa del decaimiento; cada uno renunciaría a la lucha con el fallo definitivo del destino.

El conocimiento absoluto del porvenir sería pues, una dádiva funesta que nos conduciría al dogma de la fatalidad, el más peligroso de todos, el más antipático al desarrollo de las ideas. La incertidumbre del momento de nuestro fin en la tierra es lo que nos hace trabajar hasta el último latido de nuestro corazón. El viajero arrastrado por un vehículo se entrega al movimiento que ha de conducirle al término de su viaje, sin pensar en desviarlo porque conoce su impotencia. Tal sería el hombre que conociese su destino irrevocable. Si los videntes pudieron infringir esta ley de la Providencia, serían iguales a Dios; de modo, que no es esa su misión.

En el fenómeno de la doble vista, estando el alma separada parcialmente de la envoltura material que limita nuestras facultades, no existe para ella duración ni distancias: abrazando el tiempo y el espacio, todo se confunde en el presente. Libre de sus trabas, juzga de las causas y de los efectos mejor que nosotros; ve las consecuencias de las cosas presentes y puede hacérnoslas presentir. En este sentido debe entenderse el don de presciencia atribuido a los videntes. Las previsiones no son más que resultado de una conciencia más clara de lo que existe, y no una predicción de cosas fortuitas sin relación con el presente; es una deducción lógica de lo conocido para llegar a lo desconocido, que depende a menudo de nuestro modo de observar. Cuando un peligro nos amenaza, si se nos advierte, estamos en disposición de hacer lo necesario para evitarlo; tócanos a nosotros hacerlo o no. En semejante caso, el vidente se halla en presencia del peligro que nos está oculto, lo señala, indica el medio de evitarlo, pero si no se hace, el acontecimiento sigue su curso.

Supongamos un coche en un camino que conduce a un abismo que el conductor no puede ver. Es evidente que si nada lo hace desviar, se precipitará en él. Supongamos, por otra parte, un hombre colocado de modo que, a vista del pájaro, domina el camino; que ese hombre, viendo la muerte inevitable del pasajero, pueda advertirle que se detenga o retroceda a tiempo: el peligro está conjurado. Desde su posición, que domina el espacio, ve lo que el viajero, cuya vista está circunscrita por los accidentes del terreno, no puede distinguir; puede ver si una causa fortuita evitará la caída, y conoce anticipadamente, por lo tanto, el resultado del acontecimiento, pudiendo así predecirlo.

Si el mismo hombre, colocado en la cima de un monte, ve desde lejos un ejército enemigo que sigue el camino de una población que quiere incendiar, le será fácil, calculando el espacio y la rapidez, prever el momento de la llegada del ejército. Si bajando a la población, dice sencillamente: «A tal hora será incendiada la población», realizado el hecho, pasará

aquel entre la multitud ignorante por un adivino, un hechicero, siendo así que no ha hecho más que ver lo que los otros no podían ver, de lo cual ha deducido la consecuencia. Pues lo mismo que semejante hombre, el vidente abraza y sigue el curso de los acontecimientos; no prevé por medio de la adivinación el resultado, sino que lo ve; y así puede decir si estamos en buen camino, indicarnos el mejor y anunciarnos lo que al fin encontraremos. Viene a ser para nosotros el hilo de Ariana que nos enseña la salida del laberinto.

Como se ve, hay mucha distancia de esto a la predicción propiamente dicha, tal como la entendemos en la acepción vulgar de la palabra. En nada se menoscaba el libre albedrío del hombre, que queda siempre dueño de obrar o no, que realiza o no los acontecimientos por su voluntad o por su inercia. Se le indica el medio de llegar al fin; a él le toca emplearlo. Suponerle sometido a una fatalidad inexorable en los menores sucesos de su vida, es desheredarle de su más bello atributo, la inteligencia, y asimilarle al bruto. El vidente no es, pues, un adivino; es un ser que percibe lo que nosotros no vemos; viene a ser para nosotros el perro que guía al ciego. En este punto nada contradice las miras de la providencia sobre el secreto de nuestro destino; ella misma es quien nos da guía. Tal es el aspecto bajo el cual debe mirarse el conocimiento del porvenir en las personas dotadas de doble vista. Si este porvenir fuese fortuito, si dependiera de lo que llamamos la casualidad, si de ningún modo se relacionase con las circunstancias presentes, ninguna clarividencia podría penetrarlo, y no habría previsión que ofreciese alguna certeza en este caso. El evidente, el vidente serio, y no el charlatán que lo imita; el verdadero vidente, decimos, no dice lo que el vulgo llama la buenaventura; prevé el resultado del presente, nada más y esto es bastante.

¡Cuántos errores, falsas determinaciones y tentativas inútiles nos evitaríamos, sin tuviésemos siempre una guía segura que nos ilustrase; cuántos hombres están fuera de su centro en el mundo por no haber sido puestos en el camino que la naturaleza trazó a sus facultades! ¡Cuántos dejan de obtener buenos resultados por haber cedido a solicitudes perniciosas, o por haber seguido los consejos de una obstinación irreflexiva! Una persona clarividente hubiese podido decirles: «No emprendáis tal cosa; porque no conviene ni a vuestro carácter, ni a vuestra constitución física, o porque no seréis secundados conforme lo necesitáis, o bien porque os equivocáis acerca de la trascendencia del asunto, pues encontraréis tal dificultad que no prevéis». En otras circunstancias, diría: «Saldréis bien en tal cosa, si os portáis de este o de aquel modo, si evitáis tal paso que podría comprometeros». Sondeando las disposiciones y los caracteres, diría: «Desconfiad de tal celada que quieren tenderos», y añadiría: «Ya estáis prevenidos, he cumplido mi misión; os señalo el peligro; si sucumbís, no acuséis a la suerte, ni a la fatalidad, ni a la Providencia, sino a vosotros mismos. ¿Qué puede hacer el médico, cuando el enfermo no toma en cuenta sus avisos?»

## CAPÍTULO SEXTO

### LA FOTOGRAFÍA Y LA TELEGRAFÍA DEL PENSAMIENTO

La acción fisiológica de individuo, con o sin contacto, es un hecho incontestable. Esta acción no puede evidentemente ejercerse más que por medio de un agente cuyo receptáculo es nuestro cuerpo y cuyos principales órganos de emisión y dirección son nuestros ojos y nuestros dedos. Este agente invisible es por fuerza un fluido. ¿Cuál es su naturaleza, cuál su esencia, cuales sus propiedades íntimas? ¿Es un fluido especial, o bien una modificación de la electricidad o de cualquier otro fluido conocido? ¿Es el fluido nervioso? ¿No es el que designamos hoy bajo el calificativo cósmico, cuando está esparcido por la atmósfera, y con el fluido periespiritual, cuando está individualizado? Esta cuestión es, pues, del todo secundaria.

Como la luz, la electricidad y el calórico, el fluido periespiritual es imponderable. En su estado normal, es invisible para nosotros, y sólo por sus efectos se revela; pero se hace visible en el estado de sonambulismo lúcido, y aun en el de vela para las personas dotadas de doble vista. En estado de emisión, se presenta bajo la forma de hacecillos luminosos, bastante semejantes a luz eléctrica derramada en el vacío, y a esto es a lo que se limita su analogía con el fluido últimamente indicado, puesto que no produce, cuando menos, de una manera ostensible, ninguno de los fenómenos físicos que conocemos. En estado ordinario, refleja tintes diversos según los individuos de los que emana. Ora rojo pálido, ora verduzco o pajizo, como una ligera bruma por punto general, derrama sobre los cuerpos circunvecinos un matiz amarillento más o menos pronunciado.

Las relaciones de los sonámbulos y de los videntes son idénticas sobre este particular. Tendremos ocasión de volver a ocuparnos de él al hablar de las cualidades impresas al fluido por el móvil que lo pone en ejercicio y por el adelanto del individuo que lo emite. Ningún cuerpo le es obstáculo; los penetra y atraviesa todos y ninguno hasta ahora se conoce que sea capaz de aislarlo. Sólo la voluntad puede extender o restringir su acción, y la voluntad es, en efecto, su principio activo más poderoso, y por medio de ella se dirigen sus efectivos a través del espacio, se le acumula a voluntad sobre un punto dado; se saturan ciertos objetos o bien se le retira de los lugares en que es excesivo. Digamos de paso que en este principio está fundada la potencia magnética. Parece, en fin, ser el vehículo de la visión psíquica, como el fluido luminoso es de la visión ordinaria.

Aunque proceda de un origen universal, el fluido cósmico se individualiza, por decirlo así, en cada ser y adquiere propiedades características que permiten distinguirlo entre los otros, y según hemos tenido ocasión de convencernos de ello, ni siquiera la muerte destruye semejantes caracteres de individualización, que subsisten por espacio de muchos años después de la cesación de la vida. Cada uno de nosotros tiene, pues, su fluido propio que le rodea y le sigue en todos sus movimientos, como la atmósfera sigue a cada planeta. La extensión de la irradiación de esas atmósferas individuales es muy variable; en un estado de reposo absoluto del espíritu, semejante irradiación puede estar circunscrita a un límite de algunos pasos; pero bajo el imperio de la voluntad, puede abarcar distancias infinitas; parece que la voluntad dilata el fluido como el calor dilata el gas. Las diferentes atmósferas particulares se encuentran, se cruzan y se mezclan sin confundirse nunca, distintas, a pesar de la multitud de sonidos que simultáneamente conmueven el aire. Puede, pues, decirse, que cada individuo es el centro de una onda fluídica cuya extensión está en razón de la fuerza de

vibración. La voluntad es la causa propulsiva del fluido, como el choque es la vibrante del aire y propulsiva de las ondas sonoras.

De las cualidades particulares de cada fluido, resulta entre ellos una especie de armonía o discordancia, una tendencia a unirse o a rechazarse, una atracción o una repulsión, en una palabra, las simpatías o las antipatías que con frecuencia se experimentan sin causas determinantes conocidas. Al encontrarse en la esfera de actividades de un individuo, su presencia nos es revelada, a veces, por la impresión agradable o desagradable que de su fluido sentimos. Al hallarnos en medio de personas cuyos sentimientos no participamos, cuyos fluidos no se armonizan con los nuestros, nos oprime una reacción penosa, y allí nos encontramos como una disonancia en un concierto. Si por el contrario, muchos individuos se encuentran reunidos con comunidad de miras y de intenciones, los sentimientos de cada uno se exaltan en proporción de la masa de las potencias que reaccionan.

¿Quién no conoce la fuerza arrebatadora que domina a las aglomeraciones en que hay homogeneidad de pensamientos y de voluntad? No podríamos figurarnos a cuántas influencias estamos sometidos, aun a pesar nuestro. Esas influencias ocultas, no pueden ser, la causa que provoca ciertos pensamientos, aquellos pensamientos que nos son comunes en un mismo instante con ciertas personas; esos vagos presentimientos que nos hacen exclamar: ¿Hay algo en la atmósfera que presagia tal o cual suceso?

En fin, ciertas indefinibles sensaciones de bienestar o incomodidad moral, o de certeza, ¿no serán efecto de la reacción del medio fluídico en que estamos, de los efluvios simpáticos o antipáticos que recibimos y que nos rodean como en las emanaciones de un cuerpo odorífero? No podemos declararnos en absoluto por la afirmativa en estas cuestiones; pero se convendrá, cuando menos, en que la teoría del fluido cósmico, individualizado en cada ser bajo el nombre de fluido periespiritual, abre un campo del todo nuevo a la solución de una multitud de problemas hasta ahora inexplicados.

Cada uno, en su movimiento de traslación, arrastra, pues, consigo su atmósfera fluídica, como el caracol carga su concha; pero ese fluido deja huellas de su paso; deja como un surco luminoso inaccesible a nuestros sentidos, en estado de vela, pero que sirve a los sonámbulos, a los videntes y a los espíritus desencarnados para reconstruir los hechos realizados y analizar el móvil que los hizo ejecutar.

Toda acción física o moral, patente u oculta, de un ser sobre sí mismo o sobre otro, supone, por un lado, una potencia que obra, y por otro, una sensibilidad pasiva. En todas las cosas dos fuerzas iguales se neutralizan, y la debilidad cede a la superioridad. No estando, pues, dotados todos los hombres de la misma energía fluídica, o de otra manera, no teniendo en todos el fluido periespiritual la misma potencia activa, esto nos explica por qué, en algunos, esta potencia es casi irresistible al paso que es nula en otro: porque ciertas personas son muy accesibles a su acción, al paso que otras son muy refractarias.

Esta superioridad e inferioridad relativa dependen evidentemente de la organización; pero se incurriría en error si se creyese que están en razón de la fuerza o de la debilidad física. La experiencia prueba que los hombres más robustos sufren a veces más fácilmente las influencias fluídicas que otros de una constitución mucho más delicada, al paso que a veces se encuentra en estos últimos una potencia que su débil aspecto no hubiese podido hacer que se sospechase. Esta diversidad en el modo de obrar puede explicarse de varias maneras.

La potencia fluídica aplicada a la acción recíproca de unos hombres sobre otros, es decir, el magnetismo, puede depender: 1°, de la suma de fluido que cada uno posee; 2°, de la naturaleza intrínseca del fluido de cada uno, haciendo abstracción de la cantidad; 3°, del grado de energía de la fuerza impulsiva y acaso de estas tres causas reunidas.

En la primera hipótesis, el que tiene más fluido daría al que tiene menos en mayor cantidad de la que recibiría. En este caso, habría analogía perfecta con el cambio de calórico que hacen entre sí dos cuerpos que se ponen en equilibrio de temperatura. Cualquiera que sea la causa de la diferencia, podemos darnos cuenta del efecto que produce, suponiendo tres personas cuya potencia fluídica representaremos por los números 10, 5 y 1. El 10 obrará sobre el 5 y 1; con más energía sobre 1 que sobre 5; 5 obrará sobre 1, pero será impotente sobre 10; en fin, 1 no obrará ni sobre 5 ni sobre 10. Esta sería la razón de que ciertos sujetos fuesen sensibles a la acción de tal magnetizador e insensibles a la de otro.

Puede también explicarse, hasta cierto punto, semejante fenómeno, aplicando las consideraciones precedentes. Hemos dicho, en efecto, que los fluidos individuales son simpáticos unos para con otros. ¿No podría, pues, suceder, que la acción recíproca de los individuos estuviesen en razón de la simpatía de los fluidos, es decir, de su tendencia a confundirse por una especie de armonía, como las ondas sonoras producidas por los cuerpos vibrantes? Es indudable que esta armonía o simpatía de los fluidos es una condición, si no absolutamente indispensable, cuando menos, muy preponderante, y que habiendo disonancia o antipatía, la acción sólo puede ser débil y aun nula. Este sistema nos explica las condiciones anteriores de la acción, pero no nos dice de qué lado está la potencia, y admitiéndolo, nos vemos obligados a recurrir a nuestra primera suposición. Por lo demás, nada indica que el fenómeno se verifique en virtud de una o de otra causa. El hecho existe, esto es lo esencial: los de la luz se explican igualmente por la teoría de la emisión y por la de las ondulaciones; los de la electricidad por el fluido positivo y negativo, vítreo y resinoso.

La fotografía y la telegrafía del pensamiento, son cuestiones que hasta el presente, apenas si se han tratado. Como todas las que no tienen relación con las leyes, que, por esencia, deben ser universalmente divulgadas han sido relegadas a la segunda fila, aunque su importancia sea capital y los elementos de estudio que entrañan estén llamados a aclarar muchos problemas que, hasta hoy, carecen de solución.

Cuando un artista de talento pinta un cuadro, obra magistral a la que consagra todo el genio que progresivamente ha ido adquiriendo, traza ante todo a grandes rasgos el croquis, de modo que se comprende por el bosquejo todo el partido que espera sacar. Sólo después de haber elaborado minuciosamente su plan general, procede a la ejecución de los detalles, y aunque el último trabajo exija ser tratado con más esmero quizá que el bosquejo, sin haberle procedido éste, sería, empero, imposible del otro. Lo mismo sucede en Espiritismo. Las leyes fundamentales, los principios generales cuyas raíces existen en el espíritu de todo ser creado, debieron ser elaboradas desde el comienzo. Todas las otras cuestiones, cualesquiera que ellas sean, dependen de las primeras, y esta es la razón por qué durante cierto tiempo, se descuida su estudio directo.

En efecto, no puede lógicamente hablarse de fotografía y telegrafía del pensamiento antes de haber demostrado la existencia del alma, que maneja los elementos fluídicos, y la de los fluidos, que permiten que se establezcan relaciones entre dos almas distintas. Y aun hoy, apenas estamos suficientemente ilustrados para la definitiva elaboración de estos inmensos

problemas. Sin embargo, algunas consideraciones capaces de preparar un estudio más completo, no estarán por cierto fuera de lugar en estas páginas.

Siendo el hombre limitado en sus pensamientos y aspiraciones, y circunscritos sus horizontes, le es forzosamente necesario concretar y designar todas las cosas, para conservar de ellas un recuerdo apreciable, y basar en datos ya adquiridos sus futuros estudios. Las primeras nociones del conocimiento las recibe por el sentido de la vista; la imagen del objeto es la que hace saber que el objeto existe. Conociendo muchos, haciendo inducciones de las diferentes impresiones que producen en su ser íntimo, ha fijado la quintaesencia de ellos en su inteligencia por medio del fenómeno de la memoria. ¿Y qué es la memoria sino una especie de álbum más o menos voluminoso, que hojeamos para volver a encontrar las ideas borradas y constituir de nuevo los acontecimientos transcurridos? Este álbum tiene señales en los lugares notables; inmediatamente recordamos ciertos hechos, mientras que para otros no es preciso hojear mucho.

¡La memoria es como un libro! Los libros de los que leemos con placer ciertos pasajes, ofrecen fácilmente a nuestros ojos semejantes pasajes; las hojas vírgenes o pocas veces leídas, han de ser pasadas una tras otra para que ofrezcan el hecho en que nos hemos fijado poco. Cuando es espíritu encarnado recuerda, su memoria le presenta la fotografía en cierto modo del hecho que busca. En general, los encarnados que le rodean nada distinguen; el álbum está en un lugar con nosotros y en ciertas circunstancias pueden intencionadamente favorecer nuestra investigación o perturbarla.

Lo que acontece de encarnado a espíritu, tiene igualmente lugar de espíritu a vidente. Cuando se evoca el recuerdo de ciertos hechos en la existencia de un espíritu, lo fotografía de estos hechos se presenta a él, y el vidente, cuya situación espiritual es análoga a la del espíritu libre, ve como él; y aun en ciertas circunstancias lo que el espíritu no ve por sí mismo, exactamente como un desencarnado sin que éste tenga conciencia de ello, y recordarle hechos olvidados hace mucho tiempo. En cuanto a los pensamientos abstractos, por lo mismo que existen, toman un cuerpo para impresionar el cerebro, deben obrar naturalmente en él y esculpirse hasta cierto punto. También en este, como en el primer caso, la semejanza entre los hechos que existen en la tierra y en el espacio parece perfecta.

El fenómeno de la fotografía del pensamiento ha sido objeto de muchas reflexiones en la «Reveo Spirite», y para mayor claridad reproducimos aquí, algunos pasajes del artículo a este estudio consagrado, completándolos con nuevas experiencias. Siendo el fluido el vehículo del pensamiento, éste obra en los fluidos como el sonido en el aire; nos aporta el pensamiento como el aire nos aporta el sonido. Puede, pues, decirse con toda verdad, que hay, en los fluidos ondas y rayos sonoros.

Hay más aún: cuando el pensamiento crea «imágenes fluídicas», se reflejan en la envoltura periespiritual como en un espejo, y como esas imágenes de objetos terrestres que se reflejan en los vapores del aire; toma en dicha envoltura un cuerpo y se «fotografía» en ella hasta cierto punto. Si un hombre, por ejemplo, concibe la idea de matar a otro, por imposible que esté su cuerpo material, el fluídico es puesto en acción por el pensamiento, del que reproduce todos los matices; ejecuta fluídicamente el gesto, el acto que tiene intención de realizar; su pensamiento crea la imagen de la víctima, y toda la esencia se pinta, como en un cuadro, del mismo modo que está en su espíritu. Así es cómo los más secretos movimientos del alma se repercuten en la envoltura, y cómo un alma puede leer en otra alma como en un libro, y ver lo que no es perceptible por los ojos del cuerpo. Estos ven las impresiones interiores que se

reflejan en la fisonomía; pero el alma ve en el alma los pensamientos que no se traducen al exterior. Sin embargo, si viendo la intención, el alma puede sentir el cumplimiento del acto que le seguirá, no puede, empero, de terminar el momento en que se realizará ni precisar los pormenores, ni siquiera afirmar que tendrá lugar porque circunstancias ulteriores pueden modificar los planes concebidos y cambiar las disposiciones. No puede ver lo que aún no está en el pensamiento: lo que ve es la preocupación del momento o habitual del individuo, sus deseos, sus proyectos, sus intenciones buenas o malas; y de aquí los errores en las previsiones de ciertos videntes.

Cuando un acontecimiento está subordinado al libre albedrío de un hombre, aquellos no pueden más que sentir la probabilidad, a partir del pensamiento que ven; pero no afirmar que tendrá lugar de tal manera y en tal momento. La mayor o menor exactitud en las previsiones depende, por otra parte, de la extensión o de la claridad de la vista psíquica. En ciertos individuos, espíritus o encarnados, está limitada a un punto, o es difusa, al paso que en otros es clara y abarca el conjunto de pensamientos y voluntades que han de concurrir a la realización de un hecho. Pero por encima de todo, está siempre la voluntad superior que puede, en su sabiduría, permitir una revelación o impedirla. En este último caso, es corrido un velo impenetrable ante la vista psíquica más perspicaz.

La teoría de las creaciones fluídicas, y, por consiguiente, de la fotografía del pensamiento, es una conquista del Espiritismo moderno, y puede en adelante considerarse como adquirida en principio, salvo las aplicaciones de detalle que serán resultado de la observación. Este fenómeno es incontestablemente origen de las visiones fantásticas, y debe desempeñar un importante papel en los sueños.

Creemos que ahí puede encontrarse la explicación de la mediumnidad en el vaso de agua magnetizada. Toda vez que el objeto que en vaso se ve no puede estar en éste, el agua debe hacer el oficio de un espejo que refleja la imagen creada por el pensamiento del espíritu, cuya imagen puede ser la reproducción de una cosa real como la de una creación de la fantasía.

¿Quién es el que sabe en la tierra la manera como se produjeron los primeros medios de comunicación del pensamiento? ¿Cómo fueron inventados, o mejor, encontrados? Porque nada se inventa, todo existe en estado latente. A los hombres toca buscar los medios de poner en acción las fuerzas que ofrece la naturaleza. ¿Quién sabe el tiempo que fue menester para emplear la palabra de un modo completamente inteligible?

El primero que dio un grito inarticulado, tenía indudablemente cierta conciencia de lo que quería expresar; pero aquellos a quienes se dirigía, nada comprendieron en el primer momento, y sólo al cabo de una larga serie de tiempo existieron palabras convenidas, luego frases a las que se prestó atención, y finalmente discursos enteros. ¡Cuántos miles de años no se han necesitado para llegar al punto en que se encuentra hoy la humanidad! Cada progreso en el modo de comunicación, de relación entre los hombres, ha sido constantemente señalado por un mejoramiento en el estado social de los seres. A medida que las relaciones del individuo a individuo se estrechan, se regularizan, siéntese la necesidad de un nuevo modo de lenguaje más rápido, más capaz de poner a los hombres en relación instantáneamente y de una manera universal. ¿Por qué lo que tiene lugar en el mundo moral, de encarnado ha encarnado, por medio de la telegrafía humana? ¿Por qué las relaciones ocultas que unen más o menos consistentemente los pensamientos de los hombres y de los espíritus por medio de la telegrafía espiritual no han de generalizarse de un modo consciente entre los hombres?

¡La telegrafía humana! He aquí lo que provocará la risa de los que se nieguen a admitir todo lo que no impresiona los sentidos materiales. Pero, ¿qué importan las burlas de los presuntuosos? Todas sus negaciones no impedirán que las leyes naturales sigan su curso y encuentren nuevas aplicaciones, a medida que la inteligencia humana esté en disposición de percibir sus efectos. El hombre tiene una acción directa así sobre las cosas como sobre las personas que le rodean. A menudo una persona de la que poco caso se hace, ejerce una influencia decisiva sobre otras que tienen una reputación muy superior.

Depende esto de que, en la tierra, se ven más caretas que caras, y de que los ojos están deslumbrados por la vanidad, el interés personal y todas las malas pasiones. La experiencia demuestra que puede obrarse en el espíritu de los hombres a pesar suyo. Un pensamiento superior, «fuertemente pensado», permítaseme la expresión, puede, pues, según su fuerza y elevación, impresionar más o menos lejos a hombres que ninguna conciencia tienen del modo cómo a ellos ha llegado, de la misma manera que el que lo emite no tiene conciencia del efecto producido por su emisión. Este es un funcionamiento constante de las inteligencias humanas y de su acción recíproca. Unid a esto la acción de los desencarnados, y calculad, si podéis, la potencia incalculable de esa fuerza compuesta de tantas otras reunidas.

¡Si se pudiese sospechar el mecanismo inmenso que el pensamiento pone en juego, y los efectos que produce de individuo a individuo, de grupo a grupo, y la acción universal de los pensamientos de unos hombres sobre otros, quedaríamos deslumbrados! Nos sentiríamos anonadados ante esa infinidad de detalles, ante esas innumerables redes enlazadas entre sí por una poderosa voluntad, y obrado armoniosamente para alcanzar un objeto único: el progreso universal. Por medios de la telegrafía del pensamiento el hombre apreciará en todo su valor la ley de la solidaridad, reflexionando que no hay un pensamiento, sea criminal, sea virtuoso, que no tenga una acción real sobre el conjunto de pensamientos humanos y sobre cada uno de ellos. Y si el egoísmo le hiciese desconocer las consecuencias para otro de un pensamiento perverso que le sea personal, será inducido por ese mismo egoísmo a pensar bien, para aumentar el nivel moral general, pensando en las consecuencias que a él le resultarán del pensamiento malo de otro.

¿No son consecuencias de la telegrafía del pensamiento esos choques misteriosos que proceden de la alegría o sufrimiento de una persona querida, alejada de nosotros? ¿No debemos a un fenómeno del mismo género los sentimientos de simpatía o repulsión, que nos arrastran hacia ciertos espíritus y nos alejan de otros? Ciertamente es este un campo inmenso para el estudio y la observación; pero del que sólo los contornos serán consecuencia de un conocimiento más completo de las leyes que rigen la acción de unos fluidos sobre otros.